

HERALDOS DEL EVANGELIO



Número 228
Julio 2022



*Los planes de Dios
para la Historia*





Maravillosa santidad y ternura paternal

La prueba más dolorosa para los hijos espirituales de San Ignacio era el alejarse de la casa de Roma, donde les era dado ver a su muy amado padre general, admirar su maravillosa santidad, gozar de su ternura paternal. Eran tan tiernamente amados por él, que cada uno podía juzgarse ser el hijo preferido de su corazón.

La veneración que el santo fundador inspiraba en todos sus religiosos se comprende cuando vemos cómo Dios parecía complacerse en justificarla. Los buenos sacerdotes coleccionaban todo lo que podían coger de su santo general. Se repartían los cabellos que se cortaba, los restos de papeles en los que había escrito una orden sin valor porque ya había sido cumplida, en fin, todo lo que le pertenecía y estaba relacionado con él.

En la Compañía existía, desde los primeros sacerdotes de la fundación, una gracio-

sa y poética creencia que aumentaba la tierna veneración que el santo fundador inspiraba en todos sus hijos. [...]

El P. Laynez, apoyándose en su antigua intimidad con Ignacio, y en la confianza que siempre le había mostrado, quiso conocer de él la verdad y le dijo un día:

—Padre, todos estamos convencidos, y algunos motivos hay para creerlo, que la querida alma de vuestra reverencia está confiada a la custodia de un arcángel. ¿Esto es verdad?

Ignacio de Loyola bajó la mirada, se ruborizó cual delincuente, no respondió y se vio ante un bochorno muy doloroso.

DAURIGNAC, J. M. S.
«Santo Inácio de Loyola».

2.^a ed. Rio de Janeiro:
CDB, 2018, pp. 278; 298-300.

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Publicado por:
Heralds of the Gospel Foundation
P.O. Box 42359
Houston, TX 77242
Phone: 281-676-8526
E-mail: hgmag@heraldsusa.org

Canadá:
Virgin of Fatima Association
P. O. Box 724
Nobleton, ON L0G 1N0
Phone: 1-800-674-3410
Fax: 1-905-939-9778
www.virginfatima.org
E-mail: vfa@virginfatima.org

Impreso en India
Anaswara Offset Pvt. Ltd., Cochin

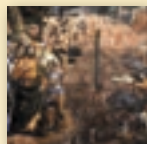
© 2022 Heraldos del Evangelio. Todos los derechos reservados. Se autoriza la reproducción de cualquier artículo, siempre que se acredite la fuente y se envíe una copia a la Revista Heraldos de Evangelio. La responsabilidad por lo expresado en los artículos y notas es estrictamente de sus autores.

Para suscribirse, póngase en contacto con cualquiera de las direcciones indicadas anteriormente.

SUMARIO

Escriben los lectores 4

Hombres providenciales y
la llave de la Historia (Editorial) 5



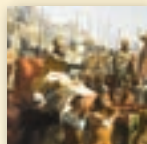
La voz de los Papas –
El «Gran Hallel» y la
Historia de la salvación

6



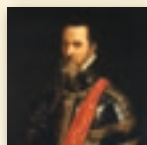
Comentario al Evangelio –
María: esplendoroso
desquite de Dios

8



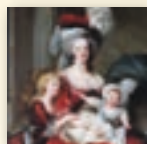
Balduino IV, rey de
Jerusalén – Realeza e
infortunio se abrazan

14



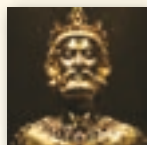
Fernando Álvarez de Toledo
y Pimentel – Un Grande
de España

18



Cuando el heroísmo venció
a la frivolidad

22



El papel histórico de los
hombres providenciales

26



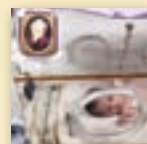
Beata Eugenia Joubert –
Amiga del Corazón de Jesús

30



Winston Churchill –
El «viejo león»

34



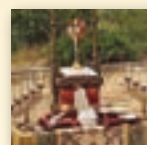
Pródigo desvelo
materno

38



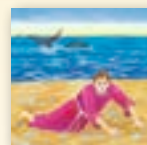
Heraldos en el mundo

42



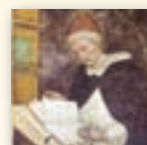
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo

44



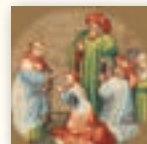
Historia para niños... –
Considerando, desde las
aguas, la sabiduría divina

46



Los santos de
cada día

48



Dios borda derecho con
hilos retorcidos

50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.org





ESCRIBEN LOS LECTORES

HISTORIAS QUE TRANSFORMAN VIDAS Y SALVAN ALMAS

Qué cuento más bonito: *La vela preciosa*. Tan cargado de significación y de enseñanzas. Una historia para niños, para jóvenes, para adultos, para ancianos... No importa la edad que uno tenga, porque, sin duda, los que leen esta sección se instruyen, se enfervorizan en la fe, adquieren conocimientos con respecto a nuestra amada Iglesia, examinan sus conciencias y consiguen numerosos beneficios espirituales. Sección tan sencilla, sin embargo, capaz de cambiar vidas, ordenar el imaginario y proporcionar un nuevo ardor de perseverancia en este caminar.

Comento todas estas cosas por lo que he vivido... Cuando era pequeña, contaba los días que faltaban para que viniera el cartero con un nuevo ejemplar de la revista, únicamente para leer esas historias. Y cuando llegaba, ¡qué alegría! Iba corriendo hasta mamá o la abuela para que, con mucho cuidado, abrieran el sobre que guardaba tan inmenso tesoro. Veinte años después, veo cómo esos cuentos me alegraron en la infancia, me guardaron de innumerables peligros en la adolescencia, me sirvieron de descanso en mi etapa universitaria, me proporcionaron aliento durante la licenciatura y sustentan cada día. Entonces les dejo aquí mi petición: por caridad, hagan libros con esas maravillosas historias, ¡que transformen vidas y salvan almas!

Sofía Ximenes Lopes
Vía revista.arautos.org

CONTENIDO SÓLIDO Y EN CONFORMIDAD CON LA VERDAD

¡Alabado sea Jesucristo!

Muchas gracias. Que Dios les recompense por su revista. Aprecia-

mos profundamente sus artículos; el contenido es sólido y en conformidad con la verdad. Les incluimos a todos en nuestras oraciones.

Religiosas del Carmelo de San José
Saint Agatha — Canadá

ESCLAVITUD DE AMOR A MARÍA EXPLICADA Y VIVIDA

Leyendo, en la edición de mayo de 2022, el artículo sobre la santa esclavitud de amor conforme enseña San Luis María Grignon de Montfort en su libro *El Secreto de María*, podemos, gracias a la revista, entender que esa es la más perfecta de las devociones. Porque María es el eslabón que nos une perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo y que, en realidad es una esclavitud de amor, pues nos lleva a entregarnos sin reservas.

Así también son los Heraldos del Evangelio, porque al ver su ejemplar vida interior nos motivan a crecer constantemente en nuestra unión con María Santísima. Y gracias a la doctrina tan bien explicada en los artículos, infunden en los fieles una verdadera devoción mariana, que se expresa en una vida de piedad donde es María quien vive y reina siempre en nuestras almas.

Ximena Zapata
Vía revista.arautos.org

PERSONIFICACIÓN DE LAS PROFECÍAS DE FÁTIMA

En cuanto al artículo, *Un mensaje recibido con amor y adhesión*, de la revista de mayo, es impresionante ver cómo actúa la Divina Providencia: en Portugal se anunciaba la profecía y en Brasil, esa profecía, se personificaba en un niño. Esto explica por qué el Dr. Plinio fue tan perseguido, en todos los ámbitos, durante su vida; y, por herencia, perseguidos son, en la actualidad, sus hijos espirituales por las huestes del Maligno. Lo que más temen los adversarios de la Santísima Virgen es

el pleno cumplimiento de las profecías de Fátima. Recemos, entonces, ¡para que se cumplan cuanto antes!

Elisangela Somavilla Navarro
Vía revista.arautos.org

«KINTSUGI» Y EL PERDÓN DE DIOS

Sublime el artículo que relaciona la milenaria técnica del *Kintsugi* con el perdón de Dios, de la edición de abril. La redacción nos hace ver cómo, pese a nuestras propias faltas, heridas y pecados, podemos conmover al Altísimo, pidiendo perdón por ellos. A partir de ese momento ya no debemos esconder nuestra flaqueza con vergüenza, sino que pasan a ser cicatrices de un guerrero que, después de la caída, se levanta y regresa al combate. Así como la porcelana resquebrajada, que parecía destinada a ser echada a la basura, queda «adornada» por la laca restauradora, así también nuestras almas quedan reparadas, pero con un brillo adicional. Como curiosidad: los japoneses muestran orgullosos esas piezas, en las que la rotura y el arreglo constituyen su «historia particular» en el hogar. ¡Enhorabuena!

Francisco Fernández
Vía revista.arautos.org

«EL PRECIO DE LA INTEGRIDAD»

Leyendo el artículo sobre la Beata Margarita Pole, *El precio de la integridad*, pregunto: ¿cuántos estarían dispuestos a pagar ese precio? Poquísimos. Siendo sincero, los únicos que he visto, hasta hoy, dar testimonio de la verdad y pagar un precio muy alto por ello han sido los Heraldos del Evangelio. Es impresionante ver cómo quieren vivir la fe católica en su totalidad, incluso siendo perseguidos y ridiculizados. Simplemente gracias por el testimonio que dan de la verdad.

Jurandir Barbosa
Vía revista.arautos.org

HOMBRES PROVIDENCIALES Y LA LLAVE DE LA HISTORIA

Por ser esencialmente comunicativo, el Sumo Bien quiso expandir, en un acto de puro amor, sus beneficios a todo el universo. Sabemos por la Revelación que «al principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gén 1, 1), que es el inicio de la Historia temporal, escrita en el llamado «libro de las criaturas», cuyo autor es el propio Dios y cuyos capítulos son las distintas etapas históricas.

Recorriendo las páginas de esta obra y cotejando su guion con un género literario, estaríamos bastante lejos de las narraciones edulcoradas y más cerca de las narraciones épicas. ¿Qué dramáticos enredos pueden ser comparados al de Adán y Eva tras haber pecado, al Diluvio o al de la torre de Babel? ¿Qué episodios de heroísmo se asemejarían a las hazañas protagonizadas por Abrahán, Jacob, Moisés, Gedeón, Sansón?

Sin embargo, existe un eje en ese divino poema épico: Jesucristo. Por medio de este «primogénito de toda criatura» (Col 1, 15), velos de la parvedad humana fueron descordados y se pudieron contemplar algunos *flashes* de los misteriosos planes de la Providencia.

Es conocido que el universo salió de las manos de Dios y a Él volverá, porque el Señor declaró: «Yo soy el Alfa y la Omega» (Ap 22, 13). No obstante, así como la Sagrada Escritura posee infinitas capas hermenéuticas, lo mismo ocurre con el «libro de las criaturas». Ante estos sagrados «manuscritos», somos analfabetos para discernir los significados más profundos de los sucesos históricos.

Es cierto que, como señaló Benedicto XVI, el testimonio de los santos constituye la mejor explicación de los Evangelios y, en consecuencia, de la Historia misma, pues manifiesta la luz de Dios de manera palpable en el curso de los acontecimientos.

Así, San Agustín la comunicó en medio de las herejías, San Benito la irradió por la Europa todavía bárbara, Santo Domingo de Guzmán la hizo Palabra de Dios, San Francisco de Asís la manifestó en el combate contra el materialismo de su tiempo y Santo Tomás de Aquino, como un faro, dispuso las tinieblas de las falsas doctrinas futuras. A veces, centelleos de esa luz refulgieron incluso en algunas almas que, si bien no habían correspondido enteramente al plan que la Providencia les trazó, cumplieron en cierto modo la misión histórica que les competía en la tierra.

En esa estela, aun cruzando una avenida de callejones sin salida —expresión de Plinio Corrêa de Oliveira—, siempre se encontrará una luz al final del túnel. Un convincente ejemplo reluce en la epopeya de Santa Juana de Arco, cuya vocación fue análoga a la de los grandes hombres providenciales del Antiguo Testamento; por otra parte, sus perseguidores fueron desterrados de la Historia, como lo atestigua el caso de Jean d'Estivet, promotor de la acusación, hallado muerto en las alcantarillas cerca de Ruan...

En suma, si los santos constituyen un modo privilegiado del actuar de Dios en la Historia, el modo más perfecto sólo se manifestó con la más santa de las criaturas: la Santísima Virgen. Por medio de Ella vino al mundo el Salvador, el Espíritu Santo bajó sobre los Apóstoles y sobre el mundo. Por su intercesión tuvieron lugar grandes apariciones, como las de Lourdes, La Salette o Fátima. En fin, por su calcañar la raza de la serpiente es constantemente aplastada. Podemos concluir, por tanto, que María es la llave de la Historia. Y sólo la Providencia sabe cuándo girará nuevamente... ✦



La Santísima
Trinidad,
«Grandes Horas de
Ana de Bretaña» -
Biblioteca
Nacional de
Francia, París

Foto: Reproducción



El «Gran Hallel» y la Historia de la salvación

El salmo 136 se desarrolla en forma de letanía, ritmado por la repetición antifonal «porque es eterna su misericordia». A lo largo de la composición, se enumeran los muchos prodigios de Dios en la Historia de los hombres.

Queridos hermanos y hermanas. Hoy quiero meditar con vosotros un salmo que resume toda la Historia de la salvación testimoniada en el Antiguo Testamento. Se trata de un gran himno de alabanza que celebra al Señor en las múltiples y repetidas manifestaciones de su bondad a lo largo de la Historia de los hombres; es el salmo 136 —o 135, según la tradición grecolatina.

Este salmo, solemne oración de acción de gracias, conocido como el *Gran Hallel*, se canta tradicionalmente al final de la cena pascual judía y probablemente también Jesús lo rezó en la última Pascua celebrada con los discípulos; a ello, en efecto, parece aludir la anotación de los evangelistas: «Después de cantar el himno salieron para el monte de los Olivos» (cf. Mt 26, 30; Mc 14, 26).

El horizonte de la alabanza ilumina el difícil camino del Calvario. Todo el salmo 136 se desarrolla en forma de letanía, ritmado por la repetición antifonal «porque es eterna su misericordia». A lo largo de la composición, se enumeran los muchos prodigios de Dios en la historia de los hombres y sus continuas intervenciones a favor de su pueblo. [...]

Primeras manifestaciones de Dios en la Historia

Después de una triple invitación a la acción de gracias al Dios soberano (cf. vv. 1-3), se celebra al Señor como aquel que realiza «grandes maravillas» (v. 4), la primera de las cuales es la Creación: el cielo, la tierra, los astros (cf. vv. 5-9). El mundo creado no es un simple escenario en el que se inserta la acción salvífica de Dios, sino que es el comienzo mismo de esa acción maravillosa. [...]

Aquí no se habla de la creación del ser humano, pero él está siempre presente; el sol y la luna son para él —para el hombre—, para regular el tiempo del hombre, poniéndolo en relación con el Creador sobre todo a través de la indicación de los tiempos litúrgicos.

A continuación, se menciona precisamente la fiesta de la Pascua, cuando, pasando a la manifestación de Dios en la Historia, comienza el gran acontecimiento de la liberación de la esclavitud de Egipto, del éxodo, trazado en sus elementos más significativos: la liberación de Egipto con la plaga de los primogénitos egipcios, la salida de Egipto, el paso del mar Rojo, el camino por el desierto has-

ta la entrada en la tierra prometida (cf. vv. 10-20).

Estamos en el momento originario de la Historia de Israel. Dios intervino poderosamente para llevar a su pueblo a la libertad; a través de Moisés, su enviado, se impuso al faraón revelándose en toda su grandeza y, al final, venció la resistencia de los egipcios con el terrible flagelo de la muerte de los primogénitos. Así Israel pudo dejar el país de la esclavitud, con el oro de sus opresores (cf. Éx 12, 35-36), «triumfantes» (Éx 14, 8), con el signo exultante de la victoria. También en el mar Rojo el Señor obra con poder misericordioso. [...]

El poder del Señor vence la peligrosidad de las fuerzas de la naturaleza y de las fuerzas militares puestas en acción por los hombres: el mar, que parecía obstruir el camino al pueblo de Dios, deja pasar a Israel a la zona seca y luego se cierra sobre los egipcios, arrollándolos. «La mano fuerte y el brazo extendido» del Señor (cf. Dt 5, 15; 7, 19; 26, 8) se muestran de este modo con toda su fuerza salvífica: el opresor injusto queda vencido, tragado por las aguas, mientras que el pueblo de Dios «pasa en medio» para seguir su camino hacia la libertad.

La realización de la promesa divina

A este camino hace referencia ahora nuestro salmo recordando con una frase brevísima el largo peregrinar de Israel hacia la tierra prometida: «Guio por el desierto a su pueblo, porque es eterna su misericordia» (v. 16). Estas pocas palabras encierran una experiencia de cuarenta años, un tiempo decisivo para Israel que, dejándose guiar por el Señor, aprende a vivir de fe, en la obediencia y en la docilidad a la ley de Dios. Son años difíciles, marcados por la dureza de la vida en el desierto, pero también años felices, de familiaridad con el Señor, de confianza filial. [...]

En la enumeración que hace nuestro salmo de las «grandes maravillas» se llega así al momento del don conclusivo, a la realización de la promesa divina hecha a los padres: «Les dio su tierra en heredad, porque es eterna su misericordia; en heredad a Israel su siervo, porque es eterna su misericordia» (vv. 21-22). [...]

Dios en nuestra historia

Naturalmente nosotros podemos decir: esta liberación de Egipto, el tiempo del desierto, la entrada en la Tierra Santa y luego los demás problemas, están muy distantes de nosotros, no son nuestra historia. Pero debemos estar atentos a la estructura fundamental de esta ora-

ción. La estructura fundamental es que Israel se acuerda de la bondad del Señor. En esta Historia hay muchos valles oscuros, hay muchos momentos de dificultad y de muerte, pero Israel se acuerda de que Dios era bueno y puede sobrevivir en este valle oscuro, en este valle de muerte, porque se acuerda.

Tiene la memoria de la bondad del Señor, de su poder; su misericordia es eterna. Y también para nosotros es importante acordarnos de la bondad del Señor. La memoria se convierte en fuerza de la esperanza. La memoria nos dice: Dios existe, Dios es bueno, su misericordia es eterna. De este modo, incluso en la oscuridad de un día, de un tiempo, la memoria abre el camino hacia el futuro: es luz y estrella que nos guía.

También nosotros recordamos el bien, el amor misericordioso y eter-

En los momentos de dificultades y en los valles oscuros de nuestra historia, hemos de hacer como los israelitas: acordarse de la bondad del Señor

no de Dios. La Historia de Israel ya es una memoria también para nosotros: cómo se manifestó Dios, cómo se creó su pueblo. Luego Dios se hizo hombre, uno de nosotros: vivió con nosotros, sufrió con nosotros, murió por nosotros. Permanece con nosotros en el Sacramento y en la Palabra. Es una Historia, una memoria de la bondad de Dios que nos asegura su bondad: su misericordia es eterna. Luego también en estos dos mil años de la Historia de la Iglesia está siempre, de nuevo, la bondad del Señor. Después del período oscuro de la persecución nazi y comunista, Dios nos ha liberado, ha mostrado que es bueno, que tiene fuerza, que su misericordia es eterna.

Y, del mismo modo que en la Historia común, colectiva, está presente esta memoria de la bondad de Dios, nos ayuda y se convierte en estrella de la esperanza, así también cada uno tiene su historia personal de salvación, y debemos considerar realmente esta historia, tener siempre presente la memoria de las grandes maravillas que ha hecho también en mi vida, para tener confianza: su misericordia es eterna. Y si hoy me encuentro en la noche oscura, mañana él me libra porque su misericordia es eterna. ✧

Fragmentos de:
BENEDICTO XVI.
Audiencia general, 19/10/2011.



«Cruzando el mar Rojo», por Cosimo Rosselli - Museos Vaticanos

Reproducción

María: esplendoroso desquite de Dios

El monte Carmelo armoniza simbólicamente el pináculo de la respuesta divina contra el mal y la fe inquebrantable en la realización de la promesa más dulce y sublime: la Encarnación del Verbo en el seno purísimo de la siempre Virgen María.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – EL MONTE DE LA CÓLERA Y DE LA ESPERANZA

El monte Carmelo, que da nombre a la devoción mariana que se celebra el 16 de julio, fue testigo de acontecimientos grandiosos protagonizados por San Elías.

El primero de ellos se produjo cuando el profeta ígneo purificó Israel del pecado de idolatría, tras desafiar a los cuatrocientos cincuenta sacerdotes de Baal y a los cuatrocientos profetas de Aserá, introducidos entre el pueblo elegido por Jezabel, esposa pagana del rey Ajab.

***Emblema del castigo ejemplar,
símbolo de la esperanza de Israel***

Desafiados por el enviado de Dios a ofrecer un sacrificio a Baal que fuera consumido por el fuego sin intervención humana, los falsos sacerdotes y profetas no fueron escuchados por su ídolo y el novillo que habían preparado permaneció intacto a pesar de sus ridículas súplicas, cánticos y autoflagelaciones. Sin embargo, la oración de Elías, sencilla, pero llena de fe y de ardor, inmediatamente hizo que del cielo cayeran enormes llamas, que consumieron el holocausto, la leña, las piedras y hasta el agua que había sido derramada abundantemente sobre la víctima y llenaba la zanja dispuesta alrededor del improvisado altar (cf. 1 Re 18, 15-40).

Ante tal espectáculo, el pueblo de manera unánime aclamó a Yahvé como el verdadero y único Dios

y, a la orden de Elías, dio muerte a los impostores. Israel regresaba al Señor; ya no cojeaba de ambos pies (cf. 1 Re 18, 21), persistiendo en un culto ecléctico y politeísta, abominable a los ojos del Altísimo.

Fue también en lo alto del Carmelo donde Elías contempló la nubecilla del tamaño de la palma de la mano, que presagiaba una lluvia generosa después de tres años y medio de sequía (cf. 1 Re 18, 44). En este hecho, la tradición ve un signo profético de la Redención: tras siglos de estiaje por la escasez de la gracia entre los hombres, la Santísima Virgen María, cual nube llena de bendiciones, traería a la tierra la abundancia de la vida al dar a luz al Salvador del mundo.

Origen de la Orden del Carmen

Novcientos años antes de Cristo, San Elías vivió en una de las más de mil cuevas que había en ese mismo monte, rodeado de otros profetas, discípulos suyos. Retomando esta bendita tradición, siglos más tarde algunos piadosos cruzados dedicaron allí su vida al recogimiento y la mortificación, bajo la especial protección de Nuestra Señora, a quien erigieron un santuario muy visitado.

El fundador de la primera comunidad del Carmelo fue San Bertoldo de Malafaida, guerrero de origen francés que reunió a su alrededor a algunos ermitaños dispersos en El Hader, región situada al norte del monte, cercano a Haifa. En los albores del siglo XIII, San Brocardo, su sucesor, le solicitó al Patriarca de Jerusalén que aprobara la Orden

***El origen de
la Orden del
Carmen se
remonta al
profeta Elías,
sumando
así casi tres
milenios
de historia
al servicio
de Dios***

EVANGELIO

En aquel tiempo, ⁴⁶ todavía estaba Jesús hablando a la gente, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera, tratando de hablar con Él. ⁴⁷ Uno se lo avisó: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren hablar contigo». ⁴⁸ Pero Él contestó al que le avisaba: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?». ⁴⁹ Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: «Estos son mi madre y mis hermanos. ⁵⁰ El que haga la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mt 12, 46-50).

Nuestra Señora del Carmen
Iglesia del Inmaculado Corazón de María,
São Paulo (Brasil). Al fondo, vista aérea
del monte Carmelo (Israel)

y las normas que guiaran la vida de soledad, ascesis y oración de sus integrantes. Este es el origen de la Regla del Carmen, aún vigente en nuestros días.

Tras la aprobación pontificia de la Orden, algunos de sus miembros se trasladaron a Occidente, debido a la fragilidad del dominio católico en Tierra Santa. En Europa, el pueblo de Dios recibió a los venerables eremitas como dádivas del Cielo y adoptó la costumbre de llamarlos Hermanos de la Bienaventurada Virgen del Monte Carmelo. Sin embargo, algunos príncipes y clérigos hostilizaron a los carmelitas, iniciando una terrible persecución contra ellos.

El escapulario, signo de predilección mariana

Alarmado por el peligro que corría el futuro de la Orden, su nono superior general, San Simón Stock, se dirigió a la patrona de la comunidad para implorarle especial protección y una garantía de

benevolencia. He aquí la letra del himno que compuso para suplicarle a la bondadosa Señora que los distinguiera con muestras de su amor: «Flor del Carmelo, viña florida, esplendor del Cielo, Virgen fecunda y singular. Oh, Madre tierna, intacta de hombre, a los carmelitas, proteja tu nombre».

Sus ardientes oraciones fueron escuchadas. La Bienaventurada Virgen María se le apareció acompañada de legiones angélicas, llevando en sus benditas manos el escapulario del Carmen. Y Nuestra Señora les prometió a los que lo portaran con auténtica piedad la salvación eterna. En el transcurso de los siglos, esta devoción mariana se volvió tan universal como la propia Iglesia, hasta el punto de que un gran número de católicos usan el escapulario en señal de sumisión, reverencia y afecto para con la Madre Corredentora. Así pues, partiendo de lo alto del monte Carmelo las bendiciones marianas se esparcieron por la faz de la tierra.

El monte Carmelo evoca hechos grandiosos, vinculados a las promesas divinas para el pueblo elegido y el mundo

*¿Es posible
armonizar
la ternura
mariana,
representada
por el santo
escapulario,
con los
fulgores
combativos
de Elías?*

Venganza y benevolencia: ¿es posible armonizarlas?

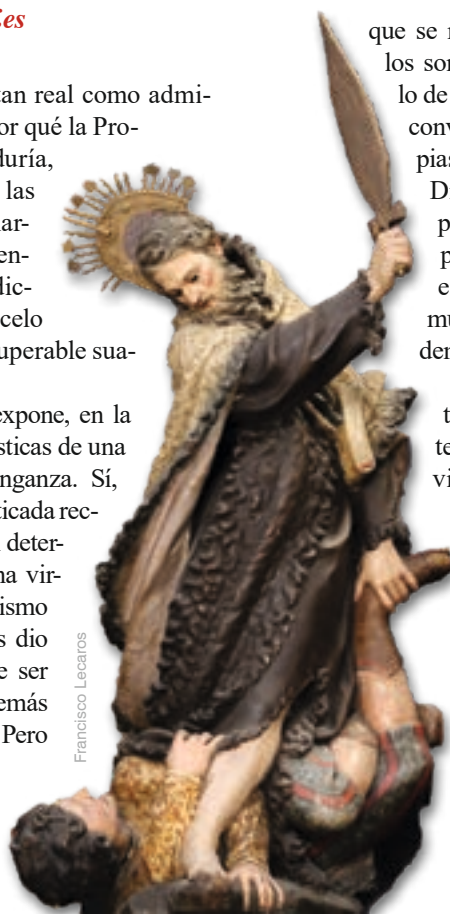
A la luz de esta historia tan real como admirable, cabría preguntarse: ¿por qué la Providencia, en su infinita sabiduría, quiso unir la más tierna de las devociones a una montaña marcada a fuego por la divina venganza? ¿No parece contradictorio? ¿Cómo se concilia el celo vengativo de Elías con la insuperable suavidad de la Virgen?

Santo Tomás de Aquino expone, en la *Suma Teológica*, las características de una virtud olvidada: la santa venganza. Sí, querido lector, cuando es practicada rectamente —he aquí la cuestión determinante— la venganza es una virtud evangélica, de la cual el mismo Jesucristo, nuestro Señor, nos dio ejemplo. De este modo, debe ser considerada hermana de las demás virtudes y con ellas armónica. Pero ¿en qué consiste esta virtud?

El Doctor Angélico explica que la venganza no es, en sí misma, mala o injusta. Y fundamenta su conclusión en el hecho de que el Altísimo, siempre bueno y justo, también se venga, conforme afirman las Escrituras: «Debemos esperar de Dios el poder vengarnos de los enemigos, pues en el Evangelio de Lucas leemos: “¿Dejará Dios de vengar a sus elegidos que claman a Él día y noche?” (18, 7), como si dijese: «Cierto es que los vengará».¹

A continuación, Santo Tomás esclarece que hay que tener en cuenta las disposiciones de quien ejerce la venganza. Si lo que busca es el mal del pecador por odio a su persona y no como remedio para los efectos de su falta, la venganza es mala e ilícita. No obstante, «si lo que principalmente intenta el vengador es un bien, al que se llega mediante el castigo del pecador, por ejemplo, su enmienda o, por lo menos, el que se sienta cohibido, la tranquilidad de los demás, la conservación de la justicia y del honor debido a Dios, entonces puede ser lícita la venganza».² Por consiguiente, «la venganza en tanto es lícita y virtuosa en cuanto que se ordena a la represión de los malos».³

Además, la virtud de la venganza no se contrapone a la paciencia en el sufrir las injurias, sino



San Elías extermina a un sacerdote de Baal - Iglesia de San Juan de la Cruz, Alba de Tormes (España)

que se reconcilia con ella: «Los malos son tolerados por los buenos en lo de soportar pacientemente, como conviene que sea, las injurias propias; pero no así las injurias contra Dios o contra el prójimo. A este propósito dice Crisóstomo: “Ser paciente en las injurias propias es digno de alabanza; pero disimular las injurias contra Dios es demasiado impío”».⁴

Santo Tomás⁵ determina también las relaciones existentes entre la venganza y las virtudes de la fortaleza y del celo, siendo esta última hija de la caridad. La fortaleza predispone a la venganza apartando el temor del peligro inminente. Del celo, por cuanto supone fervor del amor, brota la raíz de la venganza contra las injurias hechas a Dios y al prójimo, consideradas como propias.

Por otra parte, a la venganza se le oponen dos vicios. El primero, por exceso, es la crueldad, en cuanto que se extralimita en el castigo; el otro, por defecto, en cuanto que es demasiado remiso en

la aplicación del castigo debido, como señala el Libro de los Proverbios: «Quien no usa la vara odia a su hijo» (13, 24).⁶

Al entrar en contacto con tales comentarios, quizá el lector piense de manera precipitada que en el presente artículo se pretende exaltar algún tipo de venganza humana. Nada podría estar más lejos de la realidad, al ser ésta siempre susceptible de manifestar la miseria de las pasiones desordenadas tan comunes a nuestra naturaleza caída. Lo que se propone, eso sí, es realzar la belleza de una venganza que, por su propia esencia, es invariablemente perfecta y equilibrada: aquella ejercida por Dios contra sus enemigos, cuyo fiel reflejo se encuentra en la más excelsa de las criaturas.

En efecto, así entendida, la venganza tiene su morada en el Sapiencial e Inmaculado Corazón de María, como, por cierto, cualquier otra virtud. Aunque es la Madre de todas las dulzuras y suavidades, Nuestra Señora sabe actuar con pronti-

tud y fuerza cuando las circunstancias lo exigen. Las victorias más grandes de la cristiandad han sido logradas por su intercesión, por eso la Iglesia la proclama la más implacable y eficaz enemiga de los que se levantan contra la fe: «La Virgen María, la amable Madre de Dios, por su descendencia aplastó la cabeza de la serpiente impía y sola destruyó todas las herejías».⁷

Contemplada en su santidad impar y en su providencial misión de Madre Corredentora y Medianera, Nuestra Señora es la venganza más hermosa de Dios contra el mal, el demonio y el pecado. Veamos por qué.

II – EL SENTIDO MÁS ALTO DE LA MATERNIDAD DIVINA

En el capítulo 12 del Evangelio de San Mateo, el Señor les muestra a sus discípulos y a la opinión pública en general, la grandeza divina de su Persona. En medio de milagros en profusión y controversias con los fariseos sobre los exorcismos practicados por Él, el Redentor denuncia el pecado de aquella generación mala y adúltera: «Los hombres de Nínive se alzarán en el Juicio contra esta generación y harán que la condenen; porque ellos se convirtieron con la proclamación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás. Cuando juzguen a esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que la condenen, porque ella vino desde los confines de la tierra, para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón» (12, 41-42).

La sabia insistencia acerca de su superioridad en relación con los grandes personajes del pasado, así como el hecho de señalar con severidad y truculencia la gravedad del pecado de rechazo cometido por los fariseos, forma parte de la insuperable didáctica empleada por Jesús en ese pasaje, a fin de desvelar poco a poco, delante del pueblo, su real identidad de Dios encarnado.

En ese contexto es en el que encaja la visita de la Santísima Virgen y de algunos parientes que la liturgia de hoy presenta, ocasión aprovechada por Nuestro Señor para poner de relieve la prominencia de los lazos sobrenaturales sobre los carnales.

Se trata de un paso osado que da el divino Maestro en el camino que conduce a la manifestación del Padre eterno y de la filiación eterna de Jesús, así como de la participación en esa filiación de todos aquellos que, con fe auténtica, depositan su confianza en el Mesías.

Un vínculo sublime, pero ignorado

En aquel tiempo, ⁴⁶ todavía estaba Jesús hablando a la gente, cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera, tratando de hablar con Él. ⁴⁷ Uno se lo avisó: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren hablar contigo».

Desde el principio, la venerable tradición de la Iglesia fundamenta todos los privilegios de Nuestra Señora en su Maternidad divina, debatida y dogmáticamente declarada en el Concilio de Éfeso. La Santísima Virgen es Madre de Dios y no de un simple hombre, lo que le confiere una singular relación con el Verbo hecho carne, hasta el punto de que eminentes teólogos se ocuparon de su participación en el plano hipostático. Su maternidad es, por tanto, al mismo tiempo natural y sobrenatural, y este último aspecto supera de manera infinita al primero, aunque ambos sean inseparables.

Sin embargo, la muchedumbre que seguía a Nuestro Señor ignoraba esta sublime realidad, al no ver todavía con la claridad de la fe la propia divinidad del Salvador. Para el público, aquella respetable mujer era tan sólo la progenitora de Jesús, considerado únicamente en su humanidad. Cuando el evangelista habla de «su madre y sus hermanos», supone esa visión terrena del auditorio.

Aunque los parientes de Jesús no siempre adhirieran con plena convicción a su doctrina y su modo de actuar, el hecho de que aparezcan en esta escena acompañados de Nuestra Señora sugiere que fueron movidos por una acción de la gracia. Por lo tanto, era la ocasión propicia para revelar la existencia de una nueva familia en el orden sobrenatural, lo que constituiría una venganza de Dios contra los pecados de sucesivas generaciones hebreas en la línea de rendir culto a falsas nociones de nacionalismo estéril, desvinculado de la fe. De hecho, los fariseos pusieron sus esperanzas

La venganza tiene un altísimo significado y brilla con esplendor cuando es practicada por Dios contra el instigador de todo mal

*A María le
corresponde
el título de
madre y
hermana de
Jesús como
a nadie,
pues hacer
la voluntad
de Dios
constituye el
único anhelo
de su Corazón
Inmaculado*

en la filiación humana de los judíos en relación con Abrahán, así como en la circuncisión como rito carnal, pero no querían imitar la obediencia y la confianza del gran patriarca, virtudes que le obtuvieron la santidad y la salvación eterna.

La familia de Dios

⁴⁸ Pero Él contestó al que le avisaba: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?». ⁴⁹ Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: «Estos son mi madre y mis hermanos. ⁵⁰ El que haga la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre».

La respuesta de Nuestro Señor sorprende a todos. Para Él los lazos de consanguinidad no representan nada comparados con la relación sobrenatural existente entre los que hacen la voluntad del Padre. Estos son los verdaderos hijos de Dios, pues viven en la gracia y en la obediencia a la fe. En consecuencia, el vínculo espiritual que une la Trinidad a sus hijos es mucho más consistente, perfecto y real que las ataduras derivadas de la simple naturaleza.

La explicación de la nueva familia divina conlleva la necesidad de una *metanoia*, de un cambio de mentalidad. *Ubi maior, minor cessat* —donde está el superior, el inferior cesa. Ante el inestimable don de ser hijo de Dios, los nexos humanos se eclipsan como la luz de una vela al amanecer. Jesús mismo afirma: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10, 37).

La profunda relación entre el Señor y María Santísima

¿Cómo se comprende entonces la relación entre el divino Redentor y su Madre? Lejos de proyectar una sombra sobre la vinculación íntima y estrecha entre Jesús y María, este Evangelio arroja luz para que entendamos hasta el fondo la belleza y la santidad de la unión existente entre ambos.

Nuestra Señora fue la criatura más obediente de todos los tiempos. El único anhelo de su Corazón Inmaculado era hacer la voluntad de Dios, el cual llevaba a cabo con irreductible determinación, adaptándose generosamente a los designios del Altísimo, por muy incomprensibles y dolorosos que fueran. Dócil al mensaje del arcángel Gabriel, la Santísima Virgen abrió las puertas de

la justicia para que el Verbo descendiera a la tierra, y fue proclamada bienaventurada por su prima Santa Isabel por haber creído en lo que le había sido anunciado. Estaba dispuesta a cualquier sacrificio, incluso a ver morir a su Hijo en el patíbulo de la cruz, dando su «*fiat*» a cada paso.

A María le corresponde, como a ninguna otra criatura, el título de madre y hermana de Jesucristo en el sentido espiritual que le atribuye el pasaje comentado. Y desde ese prisma hemos de alabar con entusiasmo su Maternidad divina, vínculo indisoluble que la une a su amadísimo Hijo; vínculo natural, sin duda, pero que no significaría nada si no fuera asumido y perfeccionado por un vínculo sobrenatural de fulgor incalculable.

De este modo, la Virgen Madre es, en la aceptación más elevada del término, la venganza divina contra la falta de Eva y contra quien la provocó creyendo que obtenía un triunfo definitivo. La malicia de esta primera virgen fue superada con creces por la santidad y felicidad de María, dando así a Dios una victoria gloriosísima en el orden de la Redención, ante el relativo fracaso causado por el pecado de los hombres en el orden de la Creación.

III – NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN HOY

La fiesta de Nuestra Señora del Carmen refulge en el calendario litúrgico con particular brillo por su vinculación con las cohortes proféticas del monte Carmelo y la espiritualidad ardiente de San Elías, así como por la difusión universal del santo escapulario mariano. No obstante, un halo de misterio envuelve este título tan especial.

La propia Santísima Virgen quiso promover esta devoción en sus apariciones más destacadas. En Lourdes, la última manifestación de la Bella Señora tuvo lugar el 16 de julio y, en Fátima, María se mostró a los tres pastorcitos vestida con el hábito del Carmen el 13 de octubre. Ambos acontecimientos revelan un horizonte grandioso que suscita un vivo interés.

Ante la apostasía general, una luz de esperanza

Estamos en una época de prevaricación que abarca a todos los pueblos, a las más variadas culturas e incluso la propia religión, lo que hace imperioso pensar que la misión de Elías debe renovarse con urgencia y redoblado celo. En tiempos de este varón providencial, Israel entero co-

rría detrás de dioses falsos; hoy, sin embargo, se evidencia una situación aún peor. Siglos después de la Redención obrada por Nuestro Señor, la civilización cristiana es barrida por un torrente de apostasía que arrastra a ingentes multitudes. Por otro lado, la crisis enquistada en los medios católicos alcanzó tales proporciones que —¡oh, dolor!— vemos «la abominación de la desolación erigida en el lugar santo» (Mt 24, 15).

Ante este sombrío panorama, sólo hay una salida: la Virgen del Apocalipsis revestida de refulgente esplendor, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza (cf. Ap 12, 1). A Ella el Altísimo le encomendó la misión de Elías para los días que vivimos, misión ésta incalculablemente más heroica y grandiosa que la del profeta ígneo.

La Virgen florida del monte Carmelo, que en la plenitud de los tiempos fue el desquite de Dios a la desobediencia de Eva, será en estos últimos tiempos su más sublime venganza contra el pecado de aquellos que pisan la preciosísima sangre de Cristo. Por medio de sus hijos fieles derrumbará los ídolos hodiernos y librará a la Santa Iglesia de la cárcel oscura y purulenta donde sus enemigos pretenden retenerla, como emparedada viva, ya que no pueden destruirla en virtud de la promesa de inmortalidad que la sustenta (cf. Mt 16, 18).

De los purísimos labios de María se oirán exhortaciones al coraje en el santo combate de la fe, semejantes a las que se encuentran en el Apocalipsis de San Juan, hijo predilecto de la mejor de las madres:

«Vi otro ángel que bajaba del Cielo con gran autoridad, y la tierra se deslumbró con su resplandor. Y gritó con fuerte voz: “Cayó, cayó la gran Babilonia. Y se ha convertido en morada de demonios, en guarida de todo espíritu inmundo, en guarida de todo pájaro inmundo y abominable; porque del vino del furor de su prostitución han bebido todas las naciones, los reyes de la tierra fornicaron con ella, y los mercaderes de la tierra se enriquecieron con el poder de su opulencia”. Y oí otra voz del Cielo que decía: “Pueblo mío, salid de ella, para que no os hagáis cómplices de sus pecados y para que no os alcancen sus plagas; porque sus pecados se han amontonado hasta el Cielo, y Dios se ha acordado de sus crímenes. Pagadle con su misma moneda, devolvedle el doble de sus obras, mezcladle en la copa el doble de lo que ella mezcló. En proporción a su fasto y a su lujo, dadle tormento y duelo. Porque ella decía en su corazón: ‘Estoy sentada como una reina, no soy viuda y no



Nuestra Señora de Fátima
revestida con el manto del Carmen

veré duelo nunca”; por eso, en un solo día vendrán todas sus plagas, muerte, duelo y hambre, y será consumida por el fuego, porque es poderoso el Señor Dios que la condena”» (18, 1-8).

María Santísima, simbolizada por la nubecilla que anunció a Elías la proximidad de la lluvia, resplandecerá en lo alto del monte Carmelo alentando a las huestes del bien y dispersando a los enemigos de Dios, a fin de instaurar el Reino de Cristo sobre la tierra, como lo anunció en Fátima: «¡Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará!». Con los ojos puestos en Nuestra Señora del Carmen, procuremos con fidelidad y celo luchar por la causa de Dios, seguros de la victoria. El día de la santa venganza no tardará, alegrémonos y exultemos, pues nuestra liberación está cerca. ✧

*Aquella que
fue el desquite
de Dios a la
desobediencia
de Eva,
será en estos
últimos
tiempos su
más sublime
venganza
contra el
pecado de los
que pisotean
la sangre de su
divino Hijo*

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 108, a. 1.

² Ídem, ibídem.

³ Ídem, a. 3.

⁴ Ídem, a. 1, ad 2.

⁵ Cf. Ídem, a. 2, ad 2.

⁶ Cf. Ídem, ad 3.

⁷ SAN PÍO V. *Consueverunt Romani Pontifices*, n.º 1.

Realeza e infortunio se abrazan

El siglo XII contempló reunidos en un varón elegido el más excelso y el más abyecto estado a quien alguien podría llegar. Su figura, no obstante, se fijó en los cielos de la Historia como símbolo de coraje heroico ante el sufrimiento.



Hna. Patricia Victoria Jorge Villegas, EP

Tras la primera Cruzada, proclamada por el Papa Urbano II, el Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo fue reconquistado de las manos de los mahometanos y los cristianos fundaron un reino en Jerusalén. Por su augusto vínculo con el Salvador, se convirtió entonces en el centro de atención de toda la cristiandad.

¡Cuánta gloria para la Ciudad Santa, pero qué paradójica gloria! No fue

el oro y la plata, ni las victorias o el éxito lo que la hizo grande ante las naciones, sino el dolor, la lucha y la cruz.

Lamentablemente, la ambición envenenó ese santo reino y, en el siglo XII, su antiguo esplendor caminaba hacia su ocaso. Si, al principio, la corte de Jerusalén había sido un baluarte de desprendimiento, hasta el punto de que su primer monarca, Godofredo de Bouillon, rechazara usar una corona de oro por no sentirse digno de llevarla donde

Cristo quiso ser coronado de espinas, ahora yacía corrompida por la vanidad. El ideal de las Cruzadas se extinguía.

Sin embargo, en su crepúsculo, a semejanza del sol, el reino de Jerusalén manifestaría sus más bellos esplendores.

Un niño marcado por el dolor

El rey Amalrico I, descendiente de la nobleza de Anjou (Francia), le regaló a la ciudad sagrada un virtuoso

heredero al trono. Su dedicación en los estudios, su vivacidad durante la recreación, su agilidad en la equitación, superior a la de sus antepasados, habría llevado a todo el reino a depositar en él enormes esperanzas, si el niño no estuviera ya, en tan tierna edad, marcado con el signo de los predestinados: el sufrimiento.

A los 9 años, Balduino se topó con una tragedia. Guillermo de Tiro, su educador, cuenta que un día, mientras el pequeño jugaba con otros niños de su edad, percibió que ningún golpe le causaba dolor, que era indiferente a ellos: «Al principio pensé que había en él un mérito de paciencia y no una falta de sensibilidad; lo llamé, empecé a examinar de dónde podría venir tal conducta, y finalmente descubrí que su brazo derecho y la mano del mismo lado estaban algo entumecidos».¹

Esta situación dejó preocupado a Guillermo y, sobre todo, al padre del chico. Después de haber consultado a los médicos, sus peores sospechas se confirmaron: había contraído la lepra, enfermedad incurable en aquella época.

Cuando hubo llegado a la pubertad, Balduino fue avisado de su dolencia. Sin embargo, la noticia no quebrantó para nada la varonil fuerza de su alma:



Reproducción

Siendo aún niño, aquel que fuera llamado a la realeza se vio afectado por el horrible mal de la lepra

Guillermo de Tiro descubre los síntomas de la lepra en el joven Balduino, iluminación de la obra «Estoire d'Eracles» Biblioteca Británica, Londres

aun siendo tan pequeño, se sintió invitado por el divino Redentor a subir al Calvario, se portó como un héroe y jamás retrocedió ante el dolor.

Fuerza de alma invencible

A la muerte de Amalarico I, el príncipe fue coronado y consagrado rey en la iglesia del Santo Sepulcro, el 15 de julio de 1174, a la edad de tan sólo 13 años. Desde entonces recibe el nombre de Balduino IV.

Bien podemos imaginar el drama de este varón. En Tierra Santa, Nuestro Señor Jesucristo había obrado admirables prodigios: los sordos oían, los ciegos veían, los paralíticos andaban; su mera sombra ahuyentaba las enfermedades. Sobre todo, ¡el Redentor había curado a leprosos! ¿Acaso la era de los milagros había terminado? ¿No podría Él devolverle la salud al joven rey? Ciertamente, pensamientos como estos invadirían el alma de Balduino, mientras paseaba por las calles de Jerusalén... La esperanza de un milagro le daba ánimos para proseguir su gobierno. Aunque estaba dispuesto, si su curación no llegaba, a mantenerse firme en su deber, porque también el Cordeiro divino, llagado y desfigurado como un leproso, se había asentado en el trono de la cruz.

Ahora bien, el sufrimiento del príncipe no se limitaba a su enfermedad. En la corte de Jerusalén campaban la ambición y el interés. Ya que no podría tener descendientes, todos codiciaban el trono y, lejos de desearle su recuperación, ansiaban su muerte. Conocedor del estado de la nobleza, Balduino presentía la ruina de su reino; no había en su entorno quien fuera digno de sucederle.

Como si esto no bastara, Saladino, jefe de los seculares enemigos de Cristo, los mahometanos, aprovechando una sarta de circunstancias, entre ellas el hecho de que en Jerusalén reinaba

un «niño» leproso, decidió iniciar una serie de ataques para tomar posesión de Damasco, ciudad clave para la conquista de todo el territorio.

En este contexto tuvo lugar el primer combate de Balduino. Con 14 años comandó el ejército católico, uniéndose a las tropas de Raimundo III de Trípoli, su primo. El 1 de agosto de 1176, en la llanura del Becá, el rey leproso obtenía una retumbante victoria tras un duro enfrentamiento. A pesar de su enfermedad, cabalga-



Un enemigo externo terrible, una corte decadente, una salud en inevitable declive: he aquí la herencia del nuevo rey

Coronación de Balduino IV, por Simon Marmion
Biblioteca de Ginebra (Suiza)

ba como un auténtico guerrero y sujetaba la lanza con extrema fuerza. Los caballeros cristianos constataron el genio militar de su gobernante y la bravura de su temperamento y, de regreso a Jerusalén, fue aclamado por todo el pueblo.

¡Conmovió a los Cielos...

Aquella alma invicta, al ver cómo le caían tantas tragedias sobre su cabeza mientras la lepra, día a día, se manifestaba con síntomas más atro-

ces, tendría todas las excusas para prescindir de sus arduas obligaciones de guerrero. No obstante, continuó librando las más gloriosas e insignes batallas, entre ellas, especialmente memorable, la de Montgisard.

Aprovechando la ausencia de Balduino y de las tropas cristianas, que estaban luchando en Ascalón, Saladino se precipitó presuntuosamente sobre la Ciudad Santa. El joven rey, con 16 años, sufriendo los dolores de sus abiertas llagas que golpeaban contra su armadura, dejó Ascalón, donde había logrado una nueva victoria, y salió en busca del sultán, con tan sólo trescientos setenta caballeros, la mayoría guerreros de retaguardia. Lo sorprendió a mitad de camino de Jerusalén, pero el imprevisto no suplía la desproporción numérica entre los dos ejércitos: los cristianos eran unas pocas centenas contra decenas de miles. Balduino sintió la vacilación de los suyos...

Bajó entonces de su caballo y se postró en tierra ante un fragmento de la verdadera cruz, que portaba el obispo Alberto de Belén. Tomado por la fe, le imploró a Nuestro Señor Jesucristo que les obtuviera la victoria. A continuación, se dio una escena sin duda emocionante: del llagado rostro de Balduino, recién erguido del polvoriento suelo, corrían lágrimas. Ante tanta sublimidad, los soldados, embelesados, juraron vencer o morir. En sus corazones la santa cólera competía con la fe y el ideal de las primeras Cruzadas volvió a brillar.² Todos estaban «llenos de la gracia celestial, que los hacía más fuerte que de costumbre».³

La batalla comenzó y el ejército musulmán, muchísimo más numeroso, no fue capaz de contener el ímpetu de las cargas de caballería de los francos. Ya bajo las sombras de la noche, éstos se lanzaron en persecución de los fugitivos. Saladino logró esca-



**Aunque enfermo, Balduino siempre avanzaba con ímpetu irresistible.
Este varón elegido conmovió al Cielo e imponía miedo al infierno, porque supo ser otro Cristo en la tierra**

«Batalla de Ascalón», de Charles-Philippe Larivière - Palacio de Versalles (Francia)

par, pero al llegar a El Cairo, centro del imperio mahometano, se fijó que sólo le quedaban unos pocos centenares de soldados. La victoria cristiana en Montgisard había sido total.

Esta bellísima hazaña, alcanzada con el auxilio del Cielo y considerada por Guillermo de Tiro como la más memorable, sucedió en el tercer año de reinado de Balduino IV, que fue gloriosamente recibido en Jerusalén al canto del *Te Deum*.

...e impuso respeto a los infiernos!

Muchos podrían pensar que si Balduino no hubiera sido leproso la Historia habría sido muy distinta. Sin embargo, aunque puede haber algo de cierto en esta afirmación, no podemos dejar de considerar que, sin esta paradójica desgracia, el reino de Jerusalén nunca tendría la gloria de ser gobernado por un monarca tan parecido al divino Redentor. ¡Y es una dádida incomparable!

De hecho, la unión de Balduino con el Rey Crucificado llegó a ser tan íntima que con su simple presencia logró ser capaz de poner en fuga al enemigo, al igual que el Salvador en el Huerto de los Olivos, cuando hizo caer

postrados a los que venían a arrestarlo (cf. Jn 18, 4-6). Este acontecimiento, quizá tan hermoso como la victoria de Montgisard, tuvo lugar en Beirut.

La arrogante desobediencia de Reinaldo I de Châtillon, vasallo del rey cristiano, provocó que Saladino atacara esa ciudad, por tierra y por mar. Sin embargo, Balduino ya estaba casi agonizante por el avance de la lepra. «El infeliz príncipe había perdido la vista, las extremidades de su cuerpo se iban descomponiendo; ya no podía valerse ni de los pies ni de las manos».⁴ Aun estando incapacitado de cabalgar, quiso, por fidelidad a los deberes de la monarquía, partir en defensa de su súbdito rebelde, no sin antes reprenderlo severamente por su comportamiento.

Marchó llevado por los suyos en una litera, acompañado de setecientos hombres, contra veinte mil musulmanes. ¡Su ímpetu era irresistible! Lanzándose por sorpresa sobre el enemigo, le quemó sus flotas; el «valiente» Saladino, nada más enterarse de la presencia del joven héroe al frente de los soldados católicos, huyó atemorizado.

«En la primera victoria [en Montgisard], conmovió al Cielo, inclinán-

dose en el desierto; en la segunda, impuso respeto al infierno, haciendo retroceder a Saladino».⁵ He aquí la gloria de un hombre que supo ser, con las debidas proporciones, otro Cristo en la tierra.

Dios lo glorificó en la eternidad

El 16 de marzo de 1185, con 24 años, el rey Balduino entregaba su alma a Dios. Victorioso contra todos los infortunios por su voluntad férrea, su paciencia en el sufrimiento y su coraje ante las peores circunstancias hoy brilla en el firmamento de la Historia.

Si la lepra había devorado su cuerpo, en su alma había dejado la luminosa marca del heroísmo. Con qué admiración, por tanto, veremos resplandecer las llagas de este guerrero, rey y «mártir» por el sufrimiento cuando el día de la resurrección la gloria de su alma se manifieste en su cuerpo.

Balduino IV todavía no ha sido elevado a la honra de los altares, pero sin duda a quien sufrió con tanta constancia en esta tierra y ante el cual los peores enemigos de la Santa Iglesia se estremecieron de pavor, Nuestro Señor Jesucristo le habrá reservado un trono de gloria en la eternidad. ✧

Almas que marcan el rumbo de la Historia

Cuando Dios decide realizar sus grandes intervenciones en la Historia, las gracias más marcadas y sobresalientes no son como los favores comunes que suele concederle a cada individuo diariamente, sino que el Creador elige a algunas personas que, a menudo, hasta son naturalmente modeladas para la tarea a la que Él las destina.

En atención al amor que Dios nutre por esas personas —incluso antes de haberlas creado, porque en su sabiduría representan un papel especial en sus planes divinos—, sea en virtud de las actitudes de ellas mismas, sea de la correspondencia o incorrespondencia de quienes son llamados a rezar y sacrificarse por ellas, estas personas pueden estar dotadas de una fuerza de impacto en la Historia que la lleva adelante.

Para usar una imagen bélica, sería como un carro de combate que avanza en dirección a un muro y lo derriba, pudiendo atravesar toda una manzana en línea recta. Esas personas son los tanques de la Historia. [...]

Hay dos maneras de demostrar que uno tiene un plan. Una de ellas es seguir una trayectoria rectilínea y llegar hasta el final. La otra, sorteando los peores y más variados obstáculos, dirigirse invariablemente hacia el mismo destino. Se trata de una forma de solidez del plan. Dios combina los dos métodos, a veces rociándoles regiamente

a algunos con obstáculos, para hacerlos brillar luego de un modo más esplendoroso, casi como viniendo a ser los autores del plan que llevaron a cabo.

Sin embargo, el archiplan de Dios consiste en obtener del curso de las cosas —para hablar en lenguaje humano— una cierta cuota de gloria. Entendiendo bien que, puesto que el Todopoderoso ha creado seres inteligentes y libres en número incontable, de entre estas criaturas muchas llegarían a hacer lo contrario de lo que Él quiere. [...]

Los elegidos, en el sentido en que lo fue el pueblo elegido y lo es la Iglesia Católica, ocupan un lugar muy importante en los planes de Dios, pero las ofensas cometidas por ellos tienen en la justicia divina un papel muy grande. El Creador es misericordioso con ellos, pero sus pecados lo ofenden especialmente y pesan lo bastante como para que Él modifique sus planes.

Entonces, la Historia entera gira en torno de las gratitudes e ingratitudes de los elegidos. Muchos de los sinuosos y espantosos signos de la Historia, incluso el hundimiento o aparente zozobra de instituciones, están relacionados con pecados cometidos en las propias instituciones, las cuales, conforme su correspondencia o incorrespondencia a la gracia, quedan con cierta libertad, concedida por Dios, de trazar los planes de la Historia, cerniéndose sobre ellas una



Reproducción

El Dr. Plinio durante una conferencia en la década de 1990

gloria o una culpa extraordinaria por el rumbo de la humanidad.

La Providencia, de vez en cuando, suscita un vengador de los planes divinos dilapidados, que no es necesariamente el que castiga, sino el que destroza la confusión. Éste, pues, restablece la claridad del rumbo y las almas caminan.

Por lo tanto, hay todo un juego de las almas fieles e infieles, incluso de las víctimas expiatorias, que conservan o degeneran las instituciones, y un conjunto de misericordia y justicia del cual sólo Dios tiene conocimiento. Entonces va creando otras almas, suscitando vocaciones, dando gracias para realizar un plan, porque en su infinita bondad concedió a algunas almas el honor de marcar el rumbo de la Historia junto con Él. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «A História gira em torno dos eleitos».

In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XXIII N.º 267 (jun, 2020); pp. 21-23.

¹ BORDONOVE, Georges. *Les Croisades et le Royaume de Jérusalem*. Paris: Pygmalion, 2002, pp. 259-260.

² Cf. Ídem, p. 281.

³ MICHAUD, Joseph-François. *História das Cruzadas*. São

Paulo: Editora das Américas, 1956, v. II, p. 378.

⁴ Ídem, p. 386.

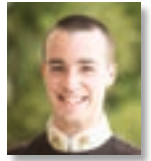
⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Balduino IV, o protótipo do católico [II]». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XXI. N.º 246 (sep, 2018); p. 24.

FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y PIMENTEL

Un Grande de España

La austera figura del duque de Alba es presentada frecuentemente como la de un sanguinario. Un detenido examen de los hechos, no obstante, revela la parcialidad de esa sentencia.

José Manuel Gómez Carayol



Reproducción



El siglo XVI se halla, sin duda, entre los más relevantes de la Historia universal. En él encontramos, al mismo tiempo, el surgimiento de un gran número de santos que marcaron su época, el despuntar de un sinfín de prodigios marítimos —con la circunnavegación del globo o la conquista de América—, el pulular de una interminable letanía de controversias doctrinarias que, si no eran resueltas con la sutileza de la pluma... a menudo acababan dirimidas a punta de espada.

En ese contexto, el 29 de octubre de 1507, nacía en las tierras castellanas de Piedrahita un niño destinado a ejercer un importante papel en el porvenir de los acontecimientos en Europa y en el mundo. Se llamaba Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, III duque de Alba, el heredero de uno de los más nobles linajes españoles. Su Casa pertenecía al número de las veinticinco familias cuyos miembros ostentaban la dignidad de Grandes de España, por lo que eran considerados «primos del rey».

En los campos de batalla

Desde joven, Fernando recibió una refinada educación: fue adiestrado

en la finura de la diplomacia y de la cultura, como convenía a alguien de cuna tan noble, sin dejar de lado el no menos necesario arte de la guerra. En cuanto a este último, lo aprendió tanto en los libros —como el *De re militari* de Vegetio, que se sabía de memoria— como igualmente y sobre todo en el propio campo de batalla.

Intensa y admirable fue su trayectoria en ese terreno. Con tan sólo 17 años, se destacó como joven capitán en una escaramuza con los franceses por la villa de Fuenterrabía. Una vez que fue conquistada por los españoles, Carlos V encomendó su gobierno al valiente oficial —muchacho aún por la edad, pero ya un héroe en el corazón— que se había distinguido en la empresa.

Incrementó todavía más su experiencia bélica en 1535, durante la campaña de Túnez, en la que el ejército de Carlos V derrotó al pirata Barbarroja y recuperó el dominio del mar Mediterráneo.

En 1547, fue nombrado capitán general del ejército imperial para la batalla de Mühlberg, contra los príncipes protestantes alemanes. Sin apartarse de la regla de los mejores comandantes de la Historia, el duque de Alba se

colocó en la vanguardia y, combatiendo con furia a los enemigos, hizo que la victoria pesara del lado de su señor. Tras el sonado triunfo sobre los herejes, le preguntaron de manera adulatoria si era cierto que, el día de la batalla, el astro rey se había detenido en el cielo como ocurrió con Josué. Sólo respondió que había tenido tanto que hacer en la tierra que no le había sobrado tiempo para mirar el sol.

Tenacidad y determinación

Tuvo incontables intervenciones decisivas más en las empresas que el emperador le encargó. Si fuéramos únicamente a enumerarlas, llenaríamos de sobra el espacio destinado a este artículo... Sin duda, Carlos V no erraba en su juicio cuando, en una carta a su hijo Felipe II, escribió: «El duque de Alba es el más hábil estadista y el mejor soldado que tengo en mis reinos».¹

Después de que el emperador abdicara del trono en 1556, don Fernando conservó un papel muy importante en la corte española, ya que sus consejos eran los que con más frecuencia seguía Felipe II. Con su chispa e ingenio característicos, estuvo con él en las dificultades, presentándole soluciones de innegable sabi-

duría, tanto en la guerra como en la diplomacia, pese a que en ocasiones chocaban ante la excesiva severidad del general.

Levantamiento en Flandes

En 1566, el duque de Alba se lanzó en la que ciertamente sería la mayor epopeya de su vida. Tras un intento fallido por parte del rey de aplicar en los Países Bajos los decretos del Concilio de Trento, estalló una revuelta instigada por pequeños grupos de protestantes que amenazaba la soberanía real. Para Felipe II, tal levantamiento fue la gota que colmó el vaso. De hecho, le había dicho al Papa San Pío V: «Antes de sufrir la menor cosa en perjuicio de la religión o del servicio de Dios, perdería todos mis Estados y cien vidas que tuviese, pues no pienso ni quiero ser señor de herejes».²

El monarca reunió entonces a sus consejeros y les expuso el problema. En poco tiempo quedó trazado el plan. Se presentaría allí alguien que no fuera él a fin de darles una buena lección a los rebeldes, ruda misión para la cual sólo un nombre parecía cumplir los requisitos necesarios: don Fernando. Cuando el duque hubiere castigado debidamente a los culpa-

bles, hacia allí se dirigiría el propio rey para conceder indultos a los arrepentidos y amenizar la situación. Sabio proyecto, que seguramente habría dado buenos resultados si Felipe II hubiera cumplido su parte.

El Camino español y la disciplina militar

El duque de Alba, por supuesto, aceptó la misión. Sin embargo, ésta no resultó ser nada fácil desde el principio. Primero tendría que trasladar un ejército completo a una región con la que no tenía fronteras. Decidió realizar parte del viaje por tierra, ya

Fernando Álvarez de Toledo era la persona idónea para la misión de restablecer el orden y, sobre todo, la práctica de la fe católica en los reinos de Felipe II

que llegar a los Países Bajos por mar significaba enfrentarse a los famosos barcos ingleses. La ruta terrestre, no obstante, requería una gran preparación y una eficiencia logística que no podía fallar, so pena de diezmar a las escuadras antes incluso de que colisionaran con el enemigo. Por otro lado, era necesario inculcar disciplina en toda la tropa porque, al tener que atravesar territorios neutrales —y a veces no muy cordiales—, la expedición fracasaría si alguna insensatez provocara que los reinos vecinos se pasasen al bando contrario.

Pero orden no era ninguna novedad para quien marchaba bajo la dirección de Fernando Álvarez de Toledo. En palabras del célebre historiador Thomas Walsh, «fue ésta una de las marchas memorables de la Historia. Memorable no solamente por su rapidez, sino por la férrea disciplina del duque. Estaba prohibido el saqueo y el pillaje. Si un soldado insultaba al pasar a una mujer, estaba a los pocos momentos colgado del árbol más próximo».³

Así llegaron a Flandes los *tercios* —la temible infantería que inmortalizó el ejército español del Siglo de Oro—, después de franquear los Alpes, pasando por el ducado de Saboya, y atrave-



«El Camino español», por Augusto Ferrer-Dalmau. En la página anterior, Fernando Álvarez de Toledo, por Anthonis Mor - Museo de La Sociedad Hispánica de América, Nueva York

Reproducción

sar Suiza y una parte de Francia. Este recorrido sería conocido en adelante con el nombre de *Camino español*, por la gran cantidad de soldados y pertrechos que lo cruzaron en esa incursión y a lo largo de las décadas siguientes.

El Duque de Hierro

Una vez en los Países Bajos, el duque de Alba tomó medidas inmediatamente. No había guardado nunca secreto acerca de sus planes en el caso de que tuviera éxito: «Cortar la cabeza de los jefes —lo había hecho repetidamente— y reducir los demás a la obediencia. Una mentalidad como la suya, acostumbrada a ver las cosas de su color, blancas o negras, no estaba dispuesta a hacer sutiles distinciones. Tenía órdenes y estaba decidido a cumplirlas».⁴ Con mucha sagacidad, cogió por sorpresa a los condes de Egmont y de Horn —hombres clave de la sublevación— y, tras un proceso de nueve meses, los justificó por el crimen de alta traición. A lo largo de su misión en Flandes, tuvieron el mismo destino en torno al millar de sediciosos.⁵

Si bien la táctica de la severidad produjo buenos efectos a corto plazo, era de esperar que, al cabo de unos años, la situación acabara volviéndose insostenible. Así pues, el 18 de diciembre de 1573, el duque de Alba

tuvo que abandonar los Países Bajos en secreto, siendo sustituido por don Luis de Requesens y Zúñiga.

Su siguiente campaña tuvo lugar en Portugal. Tras la muerte del cardenal Enrique, hombre anciano y enfermo —que había heredado, con el fallecimiento del rey Sebastián I, el trono luso—, Felipe II se convertiría en el primero de la lista en cuanto al derecho de sucesión. El duque de Alba, por entonces con 73 años, fue puesto al frente de un ejército de 20 000 soldados para asegurar los intereses de su señor. No hace falta decir que sus métodos lograron el resultado deseado.

Durante esa misión fue cuando, el 15 de diciembre de 1582, aquel hombre de hierro entregó su alma a Dios,

*Al mando de la
temible infantería
de los tercios,
el duque de Alba
cumplió con eximia
destreza su misión
en Flandes*

aquejado de una enfermedad que ya duraba un mes. Le había pedido autorización a Felipe II para regresar a sus tierras en Alba de Tormes, con el deseo de pasar allí sus últimos días; pero el permiso nunca le llegó. *Talis vita, finis ita*, dice el conocido adagio: tal como fue su vida, así fue su final. Nada más natural que, habiendo estado toda su existencia luchando bravamente en el campo de batalla, don Fernando muriera también en campaña.

La leyenda negra

Con el tiempo, la enérgica, austera e inflexible figura del duque de Alba fue convertida en una especie de monstruo sanguinario, principalmente por su actuación en los Países Bajos. Incluso hubo quien pensó que salvaba su reputación al compararlo con un desequilibrado como Robespierre.⁶ Con todo, un detenido examen de los hechos revela la parcialidad de tales sentencias.

En primer lugar, los crímenes que cometieron los protestantes durante el periodo de la sublevación fueron innumerables. A guisa de ejemplo, podemos citar el caso de dos anabaptistas. Éstos confesaron que cuando se cansaron de algunas de sus esposas —cada uno de ellos tenía cua-



Tercios españoles, detalle de «Rocroi, el último tercio», por Augusto Ferrer-Dalmau

tro— el ministro la llevaba al bosque y sigilosamente la mataba. Uno de estos «santos varones» admitió haber asesinado a unas seis o siete mujeres. Además, enseñaban que era lícito matar y robar a los católicos.

Las depredaciones de iglesias por parte de calvinistas y anabaptistas eran frecuentes. En menos de una semana fueron destruidos 400 templos católicos, con las habituales profanaciones del Santísimo Sacramento, de las imágenes y hasta de las religiosas consagradas y de los ministros de Dios, los cuales eran maltratados a golpes o expulsados de sus conventos.

Algunos podrían alegar que los herejes andaban buscando un mínimo de tolerancia ante la tiranía de la Corona. No obstante, Margarita de Parma—regente de los Países Bajos y hermana de Felipe II— en una carta dirigida a éste se quejaba de que les había propuesto a los jefes insurgentes la total libertad de culto, además de otras concesiones, y que obtuvo una negativa como respuesta. A fin de cuentas, no era la libertad de religión lo que deseaban los rebeldes, «sino la libertad de todas las religiones, excepto la católica».⁷

Criterio y juicio

Por otro lado, es completamente ilegítimo juzgar la conducta de un personaje del pasado de acuerdo con los estándares de nuestro siglo. Al confrontar las actitudes del duque de Alba con la de algunos de sus contemporáneos, ciertos autores lo consideran incluso

muy humano e indulgente en cuanto a los métodos empleados o en cuanto al número de condenados. Basta pensar en los tribunales ingleses que, durante los reinados de Enrique VIII e Isabel I, sentenciaron a numerosísimos católicos completamente inocentes a muertes mucho más violentas. Lo mismo se puede decir con relación al proceder de los Tudor en Irlanda o de los Habsburgo en Transilvania.⁸

Además, cabe preguntarse: si las leyes aplicadas por el duque de Alba fueron tan injustas y crueles, ¿por qué constituyeron la base para el procedimiento y el derecho penal de los Países Bajos durante los dos siglos y medio que le siguieron? Quizá porque, como bromeaba Roca Barea, «la ley de Alba era dura, pero era ley, no aplicación arbitraria de castigos».⁹

Sea como fuere, parece cierto que actuó de buena fe en toda su política. En su lecho de muerte afirmó que en toda su vida no había derra-

*Su figura debe ser
analizada no con
los estándares de
nuestro siglo, sino
desde la perspectiva
de su misión a los
ojos de Dios*



Fernando Álvarez de Toledo,
por Francisco Jover y Casanova
Museo del Prado, Madrid

Reproducción

mado una sola gota de sangre contra su conciencia y que a cuantos decapitó en Flandes lo hizo por ser herejes y rebeldes.

Concluimos, pues, con una frase escrita por él mismo. En ella se nota cómo su espíritu era demasiado grande para nutrir esa mezquina preocupación con la opinión de los otros que conduce al hombre a poner su propia reputación por encima del sentido del deber: «La naturaleza perversa de ciertas gentes malvadas les lleva a dar a todo la peor interpretación posible; pero la verdad de todo ello sólo el tiempo y Dios lo decidirán».¹⁰ ♦

¹ WEISS, Juan Bautista. *Historia Universal*. Barcelona: La Educación, 1929, v. IX, p. 285.

² FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *El Duque de Hierro. Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba*. Pozuelo de Alarcón: Espasa-Calpe, 2007, p. 315.

³ WALSH, William Thomas. *Felipe II*. Madrid: Espasa-Calpe, 1943, p. 461.

⁴ Ídem, p. 463.

⁵ Existe una llamativa contradicción con respecto a la cantidad de ajusticiados durante la campaña en los Países Bajos. Según Roca Barea, «la propaganda convirtió al duque de Alba en un monstruo y elevó el número de muertos de 1073 ejecuciones a 200 000» (ROCA BAREA, María Elvira. *Imperiofobia y leyenda ne-*

gra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español. 28.ª ed. Madrid: Siruela, 2020, p. 253). Thomas Walsh proporciona cifras menos divergentes: «El número de personas ejecutadas por órdenes de este Tribunal durante los pocos años de su jurisdicción se ha estimado, diversamente, desde 1700 que da Cabrera hasta los 8000 que acusan, exageran-

do mucho, los protestantes» (WALSH, op. cit., p. 464).

⁶ Cf. PIRENNE, Henri. *Historia de Bélgica*, apud FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, op. cit., p. 359.

⁷ WALSH, op. cit., p. 450.

⁸ Cf. Ídem, p. 464; ROCA BAREA, op. cit., p. 254.

⁹ ROCA BAREA, op. cit., p. 254.

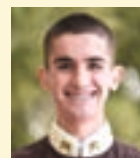
¹⁰ WALSH, op. cit., p. 522.



Cuando el heroísmo venció a la frivolidad

María Antonieta, que fue fútil como princesa y frívola como reina, ante el oleaje de sangre que inundó Francia, se transformó de manera sorprendente.

De la reina surgió una mártir y de la muñeca, una heroína.



Fabio Ricardo Soares

Nacida en una de las familias más ilustres de Europa, la archiduquesa María Antonieta de Habsburgo armonizó desde temprana edad una majestad y una dulzura propias a conmovir a las personas de su alrededor. Su madre, María Teresa, emperatriz de Austria, se esmeró todo lo posible en la educación de su hija con vistas a su porvenir. Sin embargo, pese a que un espléndido futuro le sonreía ya desde su cuna, difícilmente alguien, en aquella mitad del siglo XVIII, podría ser más superficial que ella.

Sí, la niña de rasgos graciosos y bien definidos, cuyos ojos de un azul cristalino cautivaban a todos, valiéndose de su encanto era capaz de imponer a los demás su propia voluntad, encontrando en ello un pretexto para evadir las obligaciones que el protocolo le imponía. Por esta razón, como narra el célebre escritor austriaco Stefan Zweig, «ya a la edad de 13 años, descubren en ella todo el peligro de ese carácter, que todo lo puede, pero que en verdad nada pretende ni quiere».¹

Si hubiera crecido bajo los auspicios de su rigurosa madre, quizá se ha-

bría corregido. No obstante, su destino cambió rápidamente al comenzar los preparativos para la boda de la archiduquesa de Austria con el príncipe heredero y futuro rey de Francia, Luis, que sería el décimo sexto con este nombre.

La boda de María Antonieta

En 1769, Luis XV pidió oficialmente la mano de la joven de 14 años a la emperatriz, a fin de unirla a su nieto. Así, las dos casas más eminentes de Europa, los Habsburgos y los Borbones, se vincularían en una alianza de la cual podría nacer una nueva estirpe aún más gloriosa...

Una vez en territorio francés, la hija de María Teresa se encontró con aquel que habría de desposarla. El contraste llamaba la atención. Ella era ágil, dulce, cariñosa, bella; él, pesado, gélido y profundamente tímido. El joven Borbón no parecía muy comprometido en la nueva relación. Por cierto, en general, tan sólo le interesaban verdaderamente dos cosas: la caza y la buena mesa...

Luego del no tan romántico matrimonio, María Antonieta era presentada a la corte de Versalles.

La conquista de París

¿Qué pensarían un Alejandro Magno, un Julio César, un Atila o un Genghis Khan al ver a esa niña conquistando, a base de sonrisas, a los poderosos de un reino con mucha más desenvoltura que lo harían ellos a través del hierro, el fuego, la sangre, el sudor y las lágrimas?

A pesar de su propia inexperiencia y de las sutilezas de la vida de la corte, la princesa logró triunfar sin problemas en esa primera batalla. Sin embargo, la conquista de Francia aún no se había consumado, hacía falta marchar sobre la capital. Después de tres años de inexplicables retrasos, el 18 de junio de 1773, finalmente obtuvo permiso de Luis XV para visitar París.

Los carruajes reluciendo a pleno día, los vestidos de seda y los sombreros de tres picos sobre la peluca empolvada de los nobles anunciaban la pomposa llegada de la corte a la Ciudad de la Luz. El pueblo, admirado, no cesaba de exclamar.

Estando ya en el palacio de las Tullerías, María Antonieta sale a la ventana y se encuentra con tal muchedumbre que se sobresalta. Al ver la

estupefacción de la princesa, el mariscal Brissac le gasta una broma típicamente francesa: «Mi señora, que su alteza el Delfín no se lo tome a mal, pero aquí hay doscientos mil parisinos enamorados de vuestra alteza».²

Pero María Antonieta no solamente conquistó París. La capital también la cautivó a ella, quizá demasiado...

El trono sin la reina

Repicaban las campanas anunciando la muerte del rey y la consecuente elevación al trono de Luis XVI. Podemos imaginarnos cómo, para María Antonieta, las mil y una obligaciones de la corte, ahora aún más exigentes por su condición de reina, sumadas a la indiferencia de su marido hacia ella, se presentaban como una carga insoportable.

Esta situación explica —aunque en absoluto lo justifica— todas las actitudes que aquella alma, poco habituada desde pequeña a la ascesis, empezó a adoptar. Escapadas nocturnas de Versalles para ir a los bailes parisinos, enmascarada, para no ser reconocida; prolongadas salidas hacia el Trianon, rico palacete rodeado de engalanados jardines, huertas y casas campestres, en el cual pasaba los días en costosas fiestas; y otras muchas diversiones frívolas. Tales excesos eran expuestos por la prensa, sin escrúpulos de inundar los relatos con pormenores tan obscenos como ficticios.

Los días trascurrían y con ellos, los años, las extravagancias, las mentiras. Si bien, el comportamiento de la reina no mejoraba en nada, hasta que un hecho vino a cambiarle la vida: el nacimiento de sus hijos.

El matrimonio tuvo cuatro descendientes, de los cuales dos fallecieron prematuramente antes de la Revolución. Esta profunda metamorfosis —provocada por su condición de madre— llevó a María Antonieta a dejar durante un tiempo los juegos joviales para dedicarse a los cuidados del embarazo y posteriormente a los deberes relacionados con la prole.

¿No sería el primer paso hacia una vida más ordenada y tranquila? Parece admisible; pero el destino no le concedió esa oportunidad: «En el momento en que se había sosegado el corazón de María Antonieta, el mundo amaneció inquieto».³

La reina sin el trono

Poco a poco, la popularidad de la reina fue menguando, no sólo por sus malos hábitos, que infelizmente volvieron a ser públicos, sino también porque sus súbditos querían verla como la responsable de

la crisis financiera que azotaba a Francia.

Como si esto no bastara, una gota vino a añadirse a ese caldo a punto de rebosar: el llamado «caso del collar», un gigantesco malentendido, envuelto en mil y una deshonestidades y mentiras, que llevó a María Antonieta a pedirle a Luis XVI que ordenara apresar y juzgar públicamente al cardenal de Rohan.

Es difícil para nosotros, en pleno siglo XXI, imaginar el escándalo que suponía en aquella época que un monarca exigiera el encarcelamiento y el juicio de un príncipe de la Iglesia Católica. Y lo peor es que el reo fue declarado inocente, al menos de esa falta...

No obstante, como dijimos, eso fue una mera gota de agua. A los ojos de la opinión pública, el prestigio de la monarquía estaba muerto. Sólo faltaba un soplo para transformar el cadáver en polvo.

La familia real deja Versalles

El día 14 de julio de 1789, la toma de la Bastilla marcó el inicio de la sucesión de convulsiones sociales violentísimas —muy bien coordinadas, es cierto— a la cual la Historia le dio el nombre de Revolución francesa.

Pocos meses después, el 5 de octubre, una horda de mujeres, mezcladas con hombres disfrazados para garantizar el éxito de la agresiva operación, salieron de la capital rumbo a Versalles, a fin de llevar a la familia real a París. A partir de entonces, ésta tendría que residir en el viejo palacio de las Tullerías, en un mal disimulado régimen de prisión domiciliaria.



La maternidad llevó a la joven reina a abandonar por un tiempo la extravagancia y las frívolas diversiones, para dedicarse a los deberes relativos a la prole

María Antonieta con sus hijos, por Élisabeth Vigée Le Brun. En la página anterior, en 1769, poco antes de su matrimonio con el delfín, por Joseph Ducreux - Palacio de Versalles (Francia)

¡Qué diferencia entre esa situación y la vida de antaño! De las fiestas en el Trianon y de la agitación de los bailes, a la reclusión, el silencio, la sobriedad. En aquel ambiente, María Antonieta empezó a entender el lenguaje mudo del sufrimiento, encontró la calma que purifica, recoge y ordena. Allí, ella se reconoció y dio otro paso hacia una madurez tan y tan demorada.

La reina ideó planes de huida y de alianzas, pero todos fracasaron, ora por la indecisión por parte del rey, ora por falta de aliados. Sólo una cosa seguía trayéndole felicidad: la compañía de sus hijos. Por ellos, aún luchaba.

Con la ayuda de Fersen, un amigo fiel hasta el punto de arriesgar su vida para salvarla, planearon y ejecutaron el 20 de junio de 1791 la famosa fuga de Varennes, que se vio frustrada a última hora, cuando, por una serie de imprudencias de Luis XVI, se descubrió la verdadera identidad de los fugitivos.

De ahí en adelante, la agresividad y el terror sobre la familia real no hicieron más que aumentar, hasta desembocar en el episodio sangriento de la abolición de la monarquía.

El Temple

10 de agosto de 1792. Instigada sobre todo por Danton, una multitud invade las Tullerías y masaca a la guardia, con excesos de barbarie que el pudor nos impide narrarlos.⁴ Esas atro-

cidades immortalizan con letras de sangre en las páginas de la Historia el día en que Luis XVI y María Antonieta dejan de ser reyes de Francia.

La familia tendría que trasladarse entonces al Temple, antiguo palacio de los templarios —de ahí su nombre— muy conocido por la reina que, en su juventud, iba a visitar al hermano del rey que vivía allí. No obstante, ya no existían las alegrías de las fiestas ni los ecos de los bailes, sino el barullo de los pasos de los soldados y de las burlonas canciones contra la monarquía.

La monotonía de aquel cautiverio era interrumpida además por otros ruidos, como el de la muchedumbre portando un nuevo trofeo, la cabeza de la princesa de Lamballe, para enseñársela a la reina. Le aconsejaron al rey que no permitiera que ella se acercara a la ventana, pero ni siquiera fue necesario: María Antonieta se desmayó nada más conocer la decapitación de su amiga.

Unos meses después, el 21 de enero de 1793, otra cabeza rodó y, junto con ella, una corona. Moría Luis XVI. En aquel día «la guillotina le había conferido a María Antonieta, que había sido archiduquesa de Austria, después delfina y luego reina de Francia, un nuevo título: Viuda Capeto».⁵

Pero todavía era poco. La Revolución quiso asestarle otro golpe: apartarla de su querido hijo, el delfín de Francia. Y como tutor del niño eligie-

ron a un zapatero, llamado Simón, que se había mostrado extremadamente celoso por la causa de los rebeldes. Así, después de haberle arrancado la corona, los amigos, su esposo, también le quitaban a su hijo. ¿Qué más faltaba?

Finalmente, a las dos de la mañana llamaron a la puerta de su celda, le comunicaron que estaba siendo procesada por la Revolución y le exigieron el traslado a otra prisión, la Conciergerie, conocida como la «antecámara de la muerte». Mientras la reina vivía en ese horrible lugar, empezaron los interrogatorios.

Morir es una victoria

El 14 de octubre de 1793, la Viuda Capeto comparecía ante el tribunal. Ante sus acusadores nunca mostró gesto alguno que diera la impresión de nerviosismo. Como mucho, rasgueaba en su silla como si tocara un clavecín.

El jurado lanzaba acusaciones sin pruebas ni orden. No lograron nada, aparte de demostrar cómo aquel proceso era movido más bien por el odio ciego que por los valores tan pregoados por la Revolución: libertad, igualdad y fraternidad.

Hébert, la única cabeza pensante en medio de tanto fanteche, quiso entonces jugar su última carta, por la cual María Antonieta se vería sometida a un suplicio tal vez peor que la

Una muchedumbre invade las Tullerías y marca en las páginas de la Historia, con letras de sangre, el día que Luis XVI y María Antonieta dejaron de ser reyes de Francia

«Toma del palacio de las Tullerías», por Jean Duplessi-Bertaux - Palacio de Versalles (Francia)





La jovial reina de Francia, cuya sonrisa tuvo otrora los encantos de una felicidad sin nubes, sorbió con dignidad, altivez y resignación cristianas el cáliz de hiel que la Providencia le había reservado

María Antonieta con sus dos hijos, durante la invasión de las Tullerías - Museo de la Revolución francesa, Vizille (Francia)

muerte: la acusó de cometer pecados escandalosos con su propio hijo. Sin embargo, la falsedad de esos ataques era tan llamativa, que no surtieron el efecto esperado. Se hizo el silencio. La reina no decía palabra.

Por fin, con la cabeza erguida y profundamente emocionada, redarguyó en un tono propio a las almas grandiosas: «Si no he respondido ha sido porque la naturaleza se rehúsa a contestar a semejante acusación dirigida a una madre. Apelo a todas las madres que puedan estar en esta sala».⁶ ¿Sería posible que una madre cometiera semejante abuso? Sus palabras estallaron como una bomba en las manos de Hébert. En aquel momento, la majestad de María Antonieta, aniquilada por horas de interrogatorio, hizo que una corriente de conmoción recorriera la sala y dejara a los promotores del proceso temerosos de perder el control.

Aun así, las acusaciones continuaron. Faltaban pruebas, es verdad, pero

¿qué importaba? La indagatoria sería la prueba... De modo que se votó su condenación sin más preámbulos. El 16 de octubre de 1793, la guillotina hizo que rodaran por el suelo aquellos rizos que, otrora dorados, habían encanecido de tanto dolor.

Este cambio, aunque sea tan sólo un detalle, sintetiza la existencia de María Antonieta. El sufrimiento le había conferido a la dama que lo había tenido todo en la vida, el único atributo que le faltaba: la venerabilidad.

Un precioso homenaje

No osamos omitir, al finalizar este artículo, algunas palabras del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, varón que supo admirar a María Antonieta con verdaderos arrebatos de entusiasmo, desde un prisma tan católico, que no dudó en escogerla como tema del primer discurso de su vida, pronunciado en una reunión de congregados marianos:

«En pleno derrumbe del edificio político y social de la monarquía de los Borbones, cuando todos sentían que el suelo se desmoronaba bajo sus pies, la alegre archiduquesa de Austria, la jovial reina de Francia, cuyo elegante porte recordaba a una estatuilla de Sèvres, y cuya sonrisa tenía los encantos de una felicidad sin nubes, bebía, con una dignidad, con una altivez y con una resignación cristiana admirables, los tragos amargos del inmenso cáliz de hiel con que la Divina Providencia había decidido glorificarla.

«Hay ciertas almas que sólo son grandes cuando sobre ellas soplan las ráfagas de la desgracia. María Antonieta, que fue fútil como princesa e imperdonablemente frívola en su vida de reina, ante el oleaje de sangre y miseria que inundó Francia, se transformó de manera sorprendente; y el historiador constata, tomado de respeto, que de la reina surgió una mártir y de la muñeca, una heroína».⁷ ♦

¹ ZWEIG, Stefan. «María Antonieta». In: *Obras completas*. Rio de Janeiro: Delta, 1953, v. VII, p. 14.

² Ídem, p. 66.

³ Ídem, p. 147.

⁴ Para una descripción realista, conmovedora y, en cierto sentido, repugnante de lo que ocurrió ese día, véase: ESCANDE, Renaud (Dir.). *Le livre noir de la Révolution*

Française. Paris: Du Cerf, 2008, pp. 53-64.

⁵ ZWEIG, op. cit., p. 386.

⁶ Ídem, p. 446.

⁷ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «María Antonieta, ar-

quiduesas d'Áustria, rainha de França e Viúva Capeto». In: *Opera Omnia. Reedição de escritos, pronunciamentos e obras*. São Paulo: Retornarei, 2008, v. I, p. 84.

El papel histórico de los hombres providenciales

En toda época histórica, Dios les incumbe a determinados hombres misiones especiales en beneficio de la sociedad, sobre todo con vistas a la eternidad.

Plinio Corrêa de Oliveira



En un sentido amplio, todos los hombres son providenciales, ya que sirven a los designios de Dios. Pero existe un sentido particular: están los que el Creador no solamente les incumbe llevar una vida corriente y, por tanto, servirse a sí mismos, sino que los marca para realizar una misión en beneficio de la sociedad, sea ésta temporal o espiritual.



Santa Teresa del Niño Jesús
en julio de 1896

Misión exclusiva, sin proporción con las capacidades humanas

¿Qué caracteriza a un hombre providencial? Debe, ante todo, desempeñar una tarea mucho mayor que él mismo. No hay hombre providencial cuya estatura esté a la altura de lo que necesita realizar, pues lo que Dios exige de él es, en general, algo tan grande que no cabe en términos de capacidad humana.

En segundo lugar, la acción providencial siempre tiene un aspecto sobrenatural, que consiste en la operación de la gracia sobre las almas, de la cual el hombre puede ser un canal, pero no el autor. Y aquello que la gracia hace, nadie puede hacerlo, de modo que esta acción es invariablemente mucho mayor que el hombre.

En este sentido, hay grandes hombres providenciales, de cuyas emi-

nentes capacidades Dios se vale para llevar a cabo tareas aún mayores que ellas. Sin embargo, también puede elegir almas pequeñas, de las que saca fruto para algo providencial.

La escuela de la infancia espiritual, de Santa Teresa del Niño Jesús, presenta elementos en esta línea. No fue propiamente, en el ámbito humano, una gran persona. Pero fue grande en lo que aparentemente tuvo de pequeño, y de ahí resultó la doctrina de la pequeña vía, que significó un logro inmenso en la espiritualidad católica y, por tanto, en lo que de más central hay en la Historia del mundo, que es la Historia de la Iglesia.

Hay aún otro aspecto a destacar en el hombre providencial: en general, sólo es útil en aquella misión para la cual Dios lo ha creado. Si quisiera realizar algo diferente, en casi todos los casos no quedará en nada, se volverá como la sal que no sala, destinada a ser tirada fuera y pisoteada por los transeúntes (cf. Mt 5, 13).

Comprensión, apetencia y sensibilidad por la misión

A su vez, el hombre providencial tiene una comprensión de su misión, una apetencia y una sensibilidad en relación con ella que los demás no poseen. Percibe su sentido y su importancia, sabe cómo ha de ser desempeñada, conoce los fines que es necesari-

Las tareas que los hombres providenciales desempeñan suelen ser muy superiores a las capacidades naturales que ellos poseen

rio alcanzar, así como los medios para lograrlo, posee las tácticas, los golpes, las habilidades para obtenerlos.

En la vida de Carlomagno, por ejemplo, vemos esto de una manera espléndida. Era el emperador poderoso, el patriarca magnífico, que entusiasmaba; era el guerrero que infundía miedo en todos los adversarios de la Iglesia.

Intervenía en los concilios regionales de la Galia para exigir que las cosas marcharan bien, discutía con los obispos —sin ser considerado anticlerical— y muchas veces su opinión era la que prevalecía, aunque no hubiera estudiado nunca teología.

Por otra parte, Carlomagno era un guerrero formidable; no solamente un general, sino el jefe de una familia de almas en su ejército. Congregó en torno suyo a sus famosos pares, que eran otras reproducciones de él, y esos pares, a su vez, reunieron a su alrededor a los demás caballeros. Su ejército era casi una Orden religiosa, que marchaba rezando o cantando de encuentro al enemigo, con Carlomagno al frente blandiendo la espada y exponiéndose a todos los peligros, siempre por la Iglesia Católica y por la civilización cristiana.

Las contradicciones, una nota invariable

Existe otra característica del hombre providencial, que difiere mucho de la mentalidad moderna. Muchos piensan que es un héroe de cómics: tiene un ojo mágico, es similar a un supermán y que, acorralado y puesto ante una situación embarazosa, con un dedo salta al techo y soluciona el problema desde arriba. Al final, todo se resuelve, nunca experimenta contratiempos.

Ahora bien, el hombre providencial es todo lo contrario. Pasa por horrendas dificultades, en las que, de hecho, las cosas corren el riesgo de salir mal, si no se esfuerza y, sobre todo, si no reza mucho, depositando su confianza en Nuestra Señora. Y esos aprietos,



Busto de Carlomagno
Catedral de Aquisgrán (Alemania)

Las circunstancias hacen que a menudo el hombre de Dios sea obligado a confiar siempre y únicamente en la Providencia

en los que todo casi revienta, a menudo hacen de él un hombre humillado, perseguido, despreciado e incluso con todas las apariencias de un derrotado. No siempre es un hombre victorioso, que ha transformado la cabeza de los otros en el suelo por el que pisa, sino que muchas veces su cabeza es el suelo por el que otros caminan.

No obstante, confía en la Providencia y ésta lo asiste, lo ampara, lo yergue, lo anima y acaba haciendo que su obra triunfe. Una exigencia a la cual el hombre providencial está absolutamente sujeto es la de que la desproporción entre su tarea y él se manifiesta de manera clara a los ojos de los demás, dejándolo frecuente-

mente en tal situación que se evidencia que si no fuera la gracia no conseguiría nada y si no fuera su fidelidad estaría arrasado.

Las márgenes de la Historia están llenas de hombres providenciales que abandonaron su misión

Alguien dirá: «Dr. Plinio, no sé si eso será verdad, porque yo veo a todos los hombres providenciales de la Historia triunfando siempre». Esto se debe a que la Historia sólo presenta a aquellos que tuvieron éxito. ¡De cuántos hombres providenciales no están llenas las márgenes de la Historia! Hombres que flaquearon, se vendieron, se ablandaron, se deterioraron de alguna forma y, por tanto, se quebraron.

El objetante podrá agregar: «Sin embargo, hay algunos tan favorecidos por la Providencia que nada podría irles mal». Es verdad. Los Apóstoles, por ejemplo. Pero ¡qué raro es esto! De cuántos hombres providenciales, repito, están los caminos llenos... En uno de estos caminos hay una higuera, de la que cuelga un ahorcado. Y este ahorcado era un hombre providencial, que se llamaba Judas Iscariote...

A tal punto esto es así que, si bien teológicamente sea cierto que los Apóstoles habían sido confirmados en gracia después de Pentecostés, lucharon y pelearon como si no lo estuvieran, pues lo ignoraban.

Llamamiento evidente a los ojos de todos, a veces desde la cuna

Incluso se podría decir que hay una característica imponderable en el hombre providencial. En general tiene una cierta aura, y las personas que desde el comienzo tratan con él perciben una especie de predestinación, un factor inusual, que lo destaca y diferencia del resto.

Valiéndonos de un símil, diríamos que ese llamamiento se manifiesta en él como, por ejemplo, la vida en la piel humana. Basta mirar la mano de al-

guien vivo para darse cuenta de que no pertenece a un cadáver. Así pues, surge algo de imponderable en el hombre providencial que hace que su misión, tocada por la Providencia a veces desde la cuna, se muestre a los ojos de todos.

No obstante, hay que tener cuidado con el amor propio, porque todo orgulloso piensa que ha sido preparado para alguna misión desde la cuna y tiende a darse aires de hombre providencial y a fabricar las características de su aura.

¿Qué es lo que diferencia, entonces, al orgulloso del hombre providencial? Pocos lo perciben, pero se trata de un elemento cierto. El primero está todo hecho del deseo de aparecer y, para él, la causa es una banderola que se ondea ante los demás para dar buena impresión. El hombre providencial, al contrario, por muy débil que sea, incluso hasta miserable, ve y comprende que tiene una misión divina, la cual ama de hecho, con un comprender y un ver que proviene de ese amor. Ese es el signo de la vocación que en él refulge, a veces a pesar de enormes carencias, y que indica un llamamiento permanente de Dios para algo grandioso.

Lo providencial en los días actuales

Por último, cabe plantearse si aquellos que, en nuestros días, tienen la vo-

cación muy especial de combatir a la Revolución y ser instrumentos para la implantación del Reino de María deben ser considerados hombres providenciales.

Puede decirse que lo son, dentro de unos límites, pues participan de lo providencial del movimiento que apunta a tal finalidad en este tiempo auge de la Historia. Se trata de un llamamiento muy especial para un entendimiento superior, para un amor especial, para una dedicación más completa, que hace que, para los elegidos, la vida no tenga ni gracia, ni significado, ni atractivo, a no ser en función de ese llamamiento.

Los que sienten esta vocación deben pedir a Nuestra Señora lo siguiente. En la letanía de los santos existe una invocación que deberían repetir constantemente: *«Ut mentes nostras ad caelestia desideria erigas, te rogamus audi nos»* —Para que levantes nuestro espíritu al deseo de las cosas celestiales, te rogamos, óyenos. Este deseo es, evidentemente, el de ir al Cielo. Sin embargo, por muy noble y santo que sea, no basta. Cumple amar en la tierra las cosas que son figuras de las realidades celestiales. Y esto tiene como corolario necesario el aborrecimiento implacable, militante, continuo, metódico e inflexible de todo lo que se le opone.

Se trata de elevar el alma mediante una operación del Espíritu Santo, a través de la cual se ame mucho más y cada vez más el ideal del Reino de María, se desee su implantación y se le tenga odio al actual orden revolucionario de las cosas.

Los Macabeos, los cuales se levantaron contra los que querían paganizar Israel e hicieron una guerra que preparó el advenimiento de Cristo, tenían este lema: «Más vale morir que vivir sin honra en una tierra devastada» (cf. 1 Mac 3, 59).

Para nosotros también sería mejor morir, si no pudiéramos vivir en el campamento de la Contra-Revolución, luchando para derrocar a la Revolución. Debemos pedirle a Nuestra Señora que nos dé una forma tan ardiente de amor a Ella, que estemos enteramente imbuidos de esa convicción.

Ese es el verdadero síntoma de que nuestras almas han sido elevadas al deseo de las cosas celestiales y que, por tanto, caminan hacia el Cielo, el cual es el Reino eterno, perfecto e imperecedero de Nuestra Señora, que aprendemos a amar deseando el Reino de María en esta tierra. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones para el lenguaje escrito, de: *Conferencia*. São Paulo, 30/12/1965.

En la actualidad, los que son llamados por Dios a ver el despuntar del Reino de María se convierten, en cierto momento, en hombres providenciales



Al fondo, basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

Reina de la Historia desde toda la eternidad

Hay algunos reyes que lo son desde niño; otros que, estando aún en el claustro materno cuando muere su padre, heredan la realeza antes incluso de haber nacido; pero nadie es rey antes de ser concebido. Nuestra Señora, siglos antes de ser concebida, ya era Reina. Estuvo siempre en los planes del Padre eterno, en el amor del Verbo, en las ansiedades de su divino Esposo, el Espíritu Santo, y, a causa de esto, toda la Historia corría en dirección a María Santísima. ¡Esto es ser Reina!

Nuestra Señora conoce las intenciones de Dios con respecto a la Historia, plan condicionado a las oraciones, a los actos de virtud y a los pecados de los hombres.

Después de la Redención infinitamente preciosa de Nuestro Señor Jesucristo, los hombres pertenecen a su Cuerpo Místico, formando con Él una unidad sobrenatural en cuya realidad interna lo más delicado de esta trama sucede. Tomando esto en consideración, según la manera de reaccionar a las gracias, diciendo sí o no, es como Dios lleva a cabo una balanza general, en el cual pesa su bondad y su justicia infinitas.

Sin embargo, por una disposición verdaderamente magnífica de su sabiduría, Dios constituyó esta situación: eligió a una criatura enteramente humana, pero absolutamente perfecta —y, además, Hija del Padre eterno, Madre del Hijo unigénito y Esposa del divino Espíritu Santo— que siempre está en condiciones de retocar, al menos en parte, lo que los hombres hacen y, por así decirlo, corregir, reformar,

rever, según los planes de la misericordia de Dios, aquello que su justicia haría.

Y a ruegos de Nuestra Señora, que nunca dejó de ser atendida, Dios como que pasa la goma de borrar sobre el plan de la Historia escrito a lápiz y deja que la Santísima Virgen trace a oro el verdadero plan, el cual corresponde a lo que tenía Él en lo más hondo de sus intenciones.

Dios no la habría creado si no fuera por eso. Pero si no la hubiera creado, sería difícil o imposible —dudo ante el término— hacer la Historia tan bella como lo es. Nuestra Señora engalana la Historia. Y solamente por eso, por un lado, es Reina de la Historia, porque le imprime, por un profundo consentimiento divino, un rumbo a la Historia que, sin Ella, Dios no habría impreso. Nuestra Señora, pues, dirige el timón de la Historia.

Por otro lado, María Santísima pide también, para algunos, el castigo. Es natural. Cuando surja el anticristo, vendrá el momento en que el propio Jesucristo, nuestro Señor, con un soplo de su boca, lo exterminará. Pero ¿ese momento no será apresurado por Nuestra Señora? Ella dirá: «¡He aquí que los últimos buenos que quedan gritan y piden que vengáis! Venid, por favor, vuestra Madre os lo pide». Y por el soplo de los labios de Nuestro Señor será clausurada la Historia.

Comprendemos entonces la dirección «intercesiva» de la Historia. Dios lo dirige todo, pero Nuestra Señora realiza su voluntad obte-



Dqñ13 (CC by-sa 4.0)

Imagen de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción de la iglesia dedicada a Ella en Overveen (Países Bajos)

niendo la modificación de sus planes. Así dirige Ella la Historia. ✧

Extraído, con adaptaciones, de:
Dr. Plinio. São Paulo. Año XIV.
N.º 164 (nov, 2011); pp. 6-13.

BEATA EUGENIA JOUBERT

Amiga del Corazón de Jesús

«Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos», dijo el divino Maestro. Y Él busca almas que sean sus amigas, como lo fue Eugenia.



Isabel Lays Gonçalves de Sousa, EP



Gustavo Kralj

Sagrado Corazón de Jesús
Colección particular

Eugenia estaba llamada a ser una de esas almas cuya relación con el Señor le recuerda al mundo la infinita ternura de Dios

La segunda Persona de la Santísima Trinidad se encarnó para manifestar su amor por los hombres, prodigándoles los tesoros infinitos de su Sagrado Corazón. Y, por si fuera poco, a lo largo de la Historia suscita almas escogidas de las cuales hace receptáculos vivos de ese amor misericordioso, a fin de recordarle a la humanidad la infinita ternura de un Dios siempre dispuesto a perdonar y restaurar.

Dichas almas, verdaderas amigas del Corazón de Jesús, son llevadas hasta un apogeo de relaciones sobrenaturales con el Salvador. Sin embargo, se les exige cúspides de sufrimiento y abandono a la voluntad divina. Les corresponde, en suma, realizar el aforismo que el propio Maestro divino enseñó: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

Conozcamos, mediante estas líneas, a una de esas almas predilectas.

La aurora de una vocación

Iba ya avanzada la hora aquel 11 de febrero de 1876, fiesta de la primera

aparición de Nuestra Señora de Lourdes. En la casa de la familia Joubert, situada en la meseta del Alto Loira, se habían congregado parientes y amigos para celebrar un nacimiento. En mitad de la conmemoración un misterioso y alegre carillón se hizo oír de repente, repicando sin cesar durante varios minutos. Desconociendo el origen de ese sonido, todos se preguntaban qué relación tendría con el bebé recién nacido. El futuro lo diría...

Desde temprana edad, la niña mostró una índole alegre, pero tranquila. Con 5 años dejaba el cuidado paterno para ser educada en el pensionado de las Ursulinas de Monistrol-sur-Loire, cuya rígida disciplina y austeras abstinencias fueron celosamente observadas por la joven interna. En la convivencia con las demás siempre buscaba el último lugar y a menudo recibía más reproches que elogios. En otro colegio en el que estudió, una de sus profesoras, para templar su carácter, le acusaba de faltas que no había cometido. Sin embargo, asumía la culpa y no permitía que las amargas decepciones turbaran el cielo de su cándida alma.

Esos pequeños sacrificios, sin saberlo, la iban preparando para los grandes actos de generosidad que un día llevaría a cabo.

Modelo de piedad, virtud y modestia

Su devoción a María era notoria, como lo atestigua una de sus compañeras: «Mientras me hablaba de la Santísima Virgen, me parecía ver el Cielo en su mirada».¹

Cada semana de mayo la alumna que obtuviera mejores notas solía recibir una flor. Eugenia se esforzaba con ahínco ese mes dedicado a María y tenía el gozo de poder ofrecerle cuatro hermosas flores. Aun siendo muy pequeña, cuando deseaba ardientemente una gracia, rezaba el Rosario completo durante nueve días seguidos, a los que añadía cinco sacrificios que más le costara. Y su Madre celestial siempre la atendía.

Más tarde Eugenia afirmaría: «La amo porque la amo, porque es mi Madre. Me lo ha dado todo; me lo da todo; es Ella la que quiere dármele todo. La amo porque es toda bella, toda pura. La amo y quiero que cada uno de los latidos de mi corazón le diga: ¡Madre mía Inmaculada, sabéis muy bien que os amo!».²

Cuando terminó sus estudios regresó a la casa de sus padres, donde se entregó a diversas obras de caridad y piedad inusuales para su edad. Ora visitaba a los enfermos en el hospital de la ciudad, animándolos con su inocente entusiasmo, ora se privaba del postre para dárselo a los pobres. Se complacía conversando largamente sobre asuntos espirituales con las religiosas que se encargaban de aquel establecimiento sanitario.

Ya en esa época se aplicó también en el apostolado con los niños, enseñándoles la práctica de la oración y el catecismo mediante esa virtud que tanto les atrae y pacifica: la paciencia. Sus buenas maneras eran siempre edificantes y su modestia, perfecta.



Beata Eugenia Joubert
en su juventud

Al discernir su vocación, Eugenia se adentró en las vías de la perfección como un guerrero en el campo de batalla, sin mirar atrás

¿Qué vendría a ser esta alma tan preservada? Era la pregunta que muchos se hacían. No obstante, procuraba abandonarse a la voluntad divina y confiaba que el Señor le mostraría el camino a seguir: «No he tomado ninguna decisión todavía; ando buscando dónde quiere Jesús que yo fije mi tienda».³ Y Él pronto se lo revelaría.

Su vocación se define

En octubre de 1893, cuando tenía 17 años, Eugenia fue a visitar a su hermana, que había ingresado en la recién fundada congregación de las Hermanas de la Sagrada Familia del Sagrado

Corazón, lo cual fue ocasión de gracias inmensas.

Encantada con el estilo de vida de las monjas, enseguida discernió el punto central de la vocación de estas religiosas: el entrañable amor que provenía de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, precisamente el que animaba todas sus obras de apostolado y de piedad.

¿Sería con estas hermanas donde el Señor la invitaba a «fijar su tienda»? La visita le causó una profunda impresión, como lo demuestran algunas anotaciones dirigidas a la Virgen: «Desde mi niñez, mi corazón, si bien pobre, tosco y terrenal, buscaba en vano saciar su sed. Él quería amar, pero solamente a un Esposo bello, perfecto, inmortal, cuyo amor fuera puro e inmutable».⁴ Así pues, al parecer había encontrado finalmente lo que andaba buscando desde hace años.

El hecho decisivo que determinó su completa entrega a Dios fue una conversación con el fundador de la congregación, el P. Louis-Étienne Rabussier, el 2 de julio de 1895. Esta fecha la recordaría hasta el final de sus días, porque las palabras del sacerdote le ayudaron sobremanera a discernir la llamada divina.

El 6 de octubre de 1895, Eugenia ingresa en la vida religiosa definitivamente. La gracia le hizo sentir la dulzura de una existencia de obediencia, pureza y sacrificio. Su alegría era enorme al «haber sido admitida en la Sagrada Familia de Jesús, María, José; en esta casa de fervor donde sólo Jesús es Rey, donde María es la Dueña de todos los corazones».⁵

Al despedirse de su madre, ésta le aconsejó: «Te entrego al buen Dios. No mires atrás, sino conviértete en una santa».⁶ palabras que la religiosa pondría en práctica con ejemplar fidelidad.

«Vencerse hasta el final»

«Vencerse, vencerse hasta el final», fue su meta desde que era postulante. Para ello, se adentró en las

vías de la perfección como un guerrero en la batalla, según se desprendía claramente de un breve fragmento extraído de sus escritos: «Combatir la cobardía con la generosidad. Más amor aún. ¡Más sacrificio todavía! No mirarse a sí misma, sino mirar al Corazón de Jesús, al Corazón de María. Nada de lo que el amor exige es pequeño».⁷

Desde el principio mostró una profunda seriedad y madurez, que superaba lo común en las jóvenes de su edad. Un modo de ser forjado por la responsabilidad de una elevada vocación e iluminado por una concepción de la vida sin ilusiones sentimentales. Sus gestos y palabras denotaban «un alma que se aplicaba por vivir con Nuestro Señor en lo hondo de su corazón».⁸

No escatimaba esfuerzos para desprenderse enteramente de las criaturas, a fin de tener libre su corazón para Dios. Un día de Cuaresma, durante la cual había asumido el oficio de portera, vio que se acercaba una amiga, a la que había conocido en el pasado, y le dijo:

—Estamos en Cuaresma y no se permiten las visitas.

Tras estas pocas palabras, cerró la puerta y su amiga se alejó sin rechistar.

Atraer la mirada de Jesús por las humillaciones y la obediencia

Formaba parte de las actividades de las Hermanas del Sagrado Corazón enseñarles el catecismo a niños pobres y de escasa instrucción. En los alrededores de Le Puy-en-Velay, el resultado de este apostolado era excelente. El párroco de Aubervilliers, deseoso de verlo fructificar en los suburbios de París, un entorno hostil a la religión y muy trabajado por la propaganda socialista, apeló a la benevolencia de las religiosas.

En 1896, siete de ellas acudieron a la llamada, entre las que se encontraba Eugenia, quien hacía poco había

recibido el hábito. Era una oportunidad que se le presentaba para demostrar su amor y se entregó sin reservas a esta misión durante cuatro años.

Eugenia nunca rehuía el trabajo; impartía numerosas clases a lo largo del día, llegando a perder la voz a menudo. Poseía un don especial para cautivar a los niños, principalmente a los más rudos e indomables, los cuales se volvían dóciles y afables durante sus lecciones. ¿Qué hacía? Nadie lo sabe... Su seriedad se imponía sin jactancia y su sonrisa sincera infundía confianza y respeto.

Poco a poco fue motivando la aparición de pequeños apóstoles. Una vez, uno de sus alumnos —quizá el más inquieto de todos— reunió a sus compañeros en la calle, ante un crucifijo, se subió en un banco y, alzando la voz, les preguntó:

—¿Quién clavó a Jesús en la cruz?
Como nadie contestaba, añadió:

*Su morada era el
Sagrado Corazón de
Jesús y, en medio
de las diversas
actividades,
siempre buscaba
unirse más a Él*

—Fuimos nosotros los que hicimos que muriera a causa de nuestros pecados. ¡Debemos pedirle perdón!

Y los muchachos se arrodillaron para rezar el acto de contrición.

Sin embargo, en medio de las actividades apostólicas, le afligía una santa preocupación: ¿cómo unirse más al Sagrado Corazón de Jesús? La respuesta a tal cuestión no tardaría en llegar, pues pronto comenzaría una dura prueba.

Subiendo al calvario

En 1901, Eugenia regresó a la casa de la congregación a fin de continuar los estudios regulares. Durante los preparativos de la fiesta del Sagrado Corazón de 1902, sintió en su interior una ardiente invitación a estrechar su unión con Dios. Deseaba dárselo todo al Señor: su voluntad, su libertad e incluso su vida.

La noche de la fiesta, surgieron los síntomas de la enfermedad que la conduciría hasta la eternidad; el diagnóstico no se hizo esperar: tuberculosis. La joven religiosa era invitada a la inmolación de sí misma en un acto de amor y abandono. Fiel a su Amado, no rechazaría nada: «La cruz es el más precioso de todos los dones, de todas las diademas. El Señor me ama, quiere unirme a Él. Respuesta: *Fiat*. [...] Seré su pequeña hostia y la Santísima Virgen será el sacerdote que la ofrecerá según el agrado del Señor».⁹

Un cambio brusco se producía en su existencia. Víctima de una dolencia que la consumía poco a poco, la laboriosidad de su vida de estudios, trabajo y apostolado dio lugar a una aparente inacción. Y a los dolores del cuerpo se le sumaron las penas del alma. ¿Soportaría el abandono interior en el que se vería? ¿Qué valor tendría su vocación si ya no poseía las fuerzas para cumplirla?

No obstante, habiendo sido siempre magnánima en las pequeñas y cotidianas obras, en el momento de la gran adversidad su generosidad superó las expectativas.

En medio de los sufrimientos, íntima unión con el Sagrado Corazón

El sufrimiento es el instrumento del que se sirve el Señor para elevar a quienes lo aman a niveles de santidad sin precedentes. Y con Eugenia no fue diferente. Sus últimos días estuvieron marcados por enormes padecimientos.

Debido a un clima más favorable, la enviaron a Lieja, donde tuvo una leve mejoría, pero pasajera. En medio del silencio y la soledad de la enfermería, Eugenia permitió que el Señor se apropiara de su alma. Sus sufrimientos no dejaron de ser recompensados con profusas gracias místicas.

De ese período datan algunos coloquios con el Señor transcritos por ella, que permiten vislumbrar el cambio que el Redentor obraba en su alma. «Hija mía, déjame hacer en tu corazón y en todo tu ser lo que yo quiero. [...] Desde toda la eternidad he visto tus faltas, tus infidelidades. ¿Acaso no soy el Maestro? ¿No soy libre de amar tu miseria, tu nada? Con tal que tu nada sea obediente, sobre ella es donde siempre cimento mis obras».¹⁰

Por su parte, ella le preguntó cómo retribuirle tantas gracias y Él le respondió: «Me darás lo que yo te doy. Me amarás con mi Corazón. Obedecerás con mi voluntad. Mis deseos serán los tuyos y salvarás las almas conmigo».¹¹

Pese a ello, arduos fueron aquellos días. «Todo está seco, frío e impotente en mi corazón. ¡Ven, Jesús, ten piedad de mí!». A lo que el Maestro le contestaba: «¿Por qué, hija mía, te parece mal lo que a mí me parece bien? La oración del sufrimiento y del sacrificio me agrada más que la contemplación».¹²

¡«Consummatum est»!

El 18 de junio de 1904, Eugenia cayó en cama para no levantarse nunca más. Las hemoptisis eran continuas. En cada ataque de tos no dejaba de murmurar: «Todo por ti, todo por ti...».



Reproducción

Beata Eugenia Joubert con el hábito de su congregación

*El Señor marcó
los últimos días de
Eugenia con grandes
sufrimientos, los
cuales acrisolaron
a esa alma que
tanto lo consolaba*

El día 26 empeoró su estado y le administraron la Unción de los Enfermos. La intensidad de los dolores no entibió su ánimo ni turbó su esperanza. Uno de los testigos de esos momentos escribiría con admiración:

«Nuestra querida hermanita está encantadora en su lecho de sufrimientos. La paz, la alegría, irradian a su alrededor».¹³

Otro de los presentes la animaba a que uniera sus sufrimientos a los de la Pasión de Jesús, a lo que respondió: «Lo hago sin cesar en mi corazón. Sufrir sin el buen Dios, ¡no podría!».¹⁴

El 2 de julio, después de rezar algunas oraciones, Eugenia preguntó la hora. Eran las diez de la mañana. La respuesta hizo que entreabriera una enorme sonrisa: era exactamente el día y la hora en que, hacía nueve años, había escuchado el llamamiento divino de consagrarse a la vida religiosa.

Los dolores de la agonía se intensificaron y su vida parecía estar prendida de un hilo, que insistía en no romperse. Entre terribles crisis de asfixia, decía casi sin voz: «Ya no puedo más... ¿Cuándo vendrá Él?». Nuestro Señor le exigía hasta la última gota de sufrimiento.

Finalmente, besando piadosamente un crucifijo y pronunciando tres veces el nombre de Jesús, la religiosa de 28 años exhaló el último suspiro, entregando su alma a aquel del que se había hecho íntima amiga. Era el primer viernes de mes, día dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.

Su vida, a primera vista simple y discreta, pero impregnada de gracias místicas y actos de insigne virtud, revela el profundo misterio de amor que envuelve el Sagrado Corazón de Jesús. Al ser Dios, todo lo posee y todo lo puede. Sin embargo, desea almas que lo consuelen y en las cuales pueda derramar su bondad, almas que sean sus amigas y estén dispuestas a la entrega completa de sí mismas. ✨

¹ UNE ÉPOPÉE DE VAILLANCE. *La Servante de Dieu Sœur Eugénie Joubert*. Liège: Saint-Gilles, 1927, p. 9.

² Ídem, p. 40.

³ Ídem, p. 17.

⁴ Ídem, p. 20.

⁵ Ídem, p. 24.

⁶ Ídem, p. 25.

⁷ Ídem, p. 32.

⁸ Ídem, p. 27.

⁹ Ídem, pp. 72-73.

¹⁰ Ídem, pp. 77-78.

¹¹ Ídem, p. 79.

¹² Ídem, p. 80.

¹³ Ídem, p. 105.

¹⁴ Ídem, p. 106.



WINSTON CHURCHILL

El «viejo león»

Las más diversas formas de inteligencia, de perspicacia política y de coraje hicieron de Churchill, al final de la guerra, el más famoso de los vencedores y merecedor de nuestro reconocimiento.



Ángela María Tomé

¿Un artículo sobre Churchill en una revista católica? —podría preguntarse el lector al abrir estas páginas. De hecho, ¿qué nos lleva a escribir sobre el «viejo león»? Una virtud poco practicada en nuestros días y que nos conduce a verdaderos tesoros: la admiración. Y como el bien es eminentemente difusivo, con estas líneas practicamos la admiración acerca de la admiración.

Se lo explicamos. A lo largo de décadas de contacto con la producción oral y textual de Plinio Corrêa de Oliveira, nos quedamos admirados al constatar la admiración —permítanos la redundancia de las viciosas repeticiones— de este gran varón por algunos personajes históricos, entre ellos Winston Churchill. Fue su sabia percepción sobre los hombres y los hechos lo que despertó nuestra curiosidad por este famoso estadista.

Así lo describe en su edad madura: «La fisonomía súper expresiva de Churchill se destacaba de un modo que casi se diría esplendoroso. Para brillar no basta obviamente ser muy expresivo. Cumple, además, expresar algo que vale la pena. Lo hacía a raudales el viejo león inglés. En su cabeza calva parecía relucir un pensar diplomático

co vigoroso y sutil. Sus ojos —¡cuánto podría decir de ellos!— expresan sucesivamente fascinantes profundidades de observación, reflexión, humor, y gentileza aristocrática. Sus anchas mejillas musculosas no perdieron nada de vigor con la edad. Parecían dos contrafuertes faciales, enmarcando vigorosamente su fisonomía tan altamente intelectualizada. Y le daban a su rostro un no sé qué de decidido, estable, casi se diría de perpetuo: símbolo expresivo de la fuerza multisecular de la monarquía inglesa. Sus labios, finos y de contorno incierto, parecían seguir el movimiento de sus ojos y, por tanto, siempre dispuestos a abrirse a una ironía, un eslogan, un discurso monumental... o un cigarro puro».¹

Winston Leonard Spencer-Churchill nació el 30 de noviembre de 1874, en Woodstock, en el palacio de Blenheim, construido por el primer duque de Malborough, lord John Churchill. Su madre, Jennie Jerome, era hija del economista Leonard Jerome, poseedor de una fortuna multimillonaria. Más tarde, tras la muerte de Randolph Churchill, su padre, Winston encontró en ella una «ardiente aliada», que le favoreció en sus planes «con toda su influencia y su energía sin límites»,² hasta el final.

Combativo desde su infancia

Según él mismo cuenta en su libro *My Early Life*, cuando era niño le gustaba mucho las grandes paradas militares de Dublín, donde vivía porque su padre era secretario de su abuelo, el virrey de Irlanda. Parece que ahí fue la cuna de su pasión por el militarismo, la cual lo llevó a tener una colección de mil soldados de plomo, con los cuales simulaba desfiles. Quizá aquí ya despuntaba el futuro militar que brillantemente lucharía en campañas en la India, en Egipto, en Sudán, en Sudáfrica.

Elizabeth Everest fue la institutriz que ejerció un importante papel en la formación de Winston, ya que sus progenitores, por la intensa vida social que llevaban, poco tiempo les dedicaban a sus hijos. Su padre, especialmente, lo trataba con cierta frialdad y desprecio. Así que su afecto primero y más íntimo iba dirigido a la Sra. Everest, que fue su dedicada educadora y confidente hasta los 20 años. Cuando falleció, Winston y su hermano Jack, que también había sido educado por ella, se empeñaron en darle una sepultura digna y durante toda la vida la mantuvieron con cuidado.

Desde temprana edad Churchill fue un vencedor de dificultades. Como es-

tudiante, sólo no revelaba incompatibilidad con Lengua inglesa y la esgrima. Sus muchos tropiezos escolares iniciales le sirvieron de lección de cómo es posible aprender con el fracaso, pues en pocos años pasó a ser uno de los mejores alumnos de su promoción. Tal vez el recuerdo de esas amargas experiencias y de otras muchas que enfrentó a lo largo de su existencia fuera lo que le llevaron a decir: «Un pesimista ve la dificultad en cada oportunidad; un optimista ve la oportunidad en cada dificultad».

Ingresa en la Harrow School, famoso y antiguo colegio británico, y más tarde inició su formación militar en la Real Academia Militar de Sandhurst. Al concluir el curso, fue llamado para servir como segundo teniente en el 4.º Regimiento de Caballería del Ejército Británico, *The Queen's Royal Hussards*.

Militar, escritor y corresponsal de guerra

Durante el período de permiso de la academia —cinco largos meses cada año— Churchill consideró útil participar en un «ensayo general». Realizaría, pues, un antiguo y vehemente deseo: «Desde mi infancia soñaba con soldados y guerra, y muchas veces había imaginado en sueños, durmiendo o despierto, las sensaciones de la primera vez en que se entra a fuego».³

A través de un amigo de su padre, embajador británico en Madrid, consiguió algunas cartas de recomendación y marchó a Cuba, donde se desarrollaba la Guerra de Independencia. Lo acompañó un amigo, con el pretexto de enviar reportajes sobre el conflicto al *Daily Graphic*, de Londres. Entre el silbido de las balas celebró su vigésimo primer aniversario.

Más tarde participó en otras campañas militares, una de ellas en Afganistán, perteneciente por entonces a la India británica, actuando al mismo tiempo como militar y corresponsal de guerra para diversos periódicos. A

partir de esa vivencia, escribió su primer libro: *The Story of the Malakand Field Force*. La narración de apasionantes episodios bélicos dejan trasparecer un alma llena de ideas y de deseo de heroísmo. Tras su participación en la campaña del Sudán escribió otro libro, en el que plasmaba sus actuaciones y observaciones de ese período: *The River War*.

En esas obras, revela determinación y sagacidad en la acción, cualidades que demostraría hasta el final de su vida. Sin embargo, en ningún momento se presenta como un «superhéroe», sino como alguien que necesita vencer el miedo, la inseguridad y tantos otros obstáculos que la naturaleza opone a la realización de los grandes ideales.

Finalizada esta campaña, una vez más desea volver a las filas de combate y logra su objetivo a través de influentes contactos de su madre. Va a Sudáfrica, para formar parte, como corresponsal de guerra del *The Morning Post*, en la guerra de los bóeres. Tan pronto como llegó, fue alcanzado por un disparo y capturado por los enemigos, permaneciendo un mes en la prisión de la que escapó milagrosamente. Esto le valió otro libro: *London to Ladysmith via Pretoria*.

Del campo de batalla al Parlamento

Al regresar a Inglaterra, se había transformado en un héroe de guerra y escritor famoso, con tan sólo 25 años. Esta riqueza de conocimientos y esa popularidad le aseguraron el éxito en la elección de miembro del Parlamento, inicio de su larga carrera política.

Demostó ser un político franco y lleno de energía. Trabajaba intensamente y, al mismo tiempo, escribía artículos y libros. A partir de ahí su carrera política se desarrolló rápidamente, ocupando diferentes puestos de importancia, hasta el punto de llegar a ser el inglés que más cargos públicos ejerció. Durante sesenta años fue miem-



La disposición de superar las dificultades caracterizó a Winston Churchill desde la infancia

Escenas de la vida de Churchill: a los 7 años; prisionero de los bóeres en Sudáfrica; en la torreta de un tanque en 1941. Al fondo, aviones de la Royal Air Force. En la página anterior, el «Viejo león» en 1941

Fotos: reproducción

bro del Parlamento y, como primer ministro, se convirtió en el símbolo de la determinación británica durante la Segunda Guerra Mundial.

Continúa el Dr. Plinio su análisis de esa brillante personalidad: «Miembro auténtico de la *gentry* inglesa, adornado —ese es el término— con el encanto varonil de un aristócrata de alta clase, en Churchill coincidían las rutilaciones de la cultura universitaria, del talento periodístico, de la oratoria parlamentaria y de la gloria militar, con, además, algo de derecho, positivo, desconcertantemente activo, típicos de los *businessmen* estadounidenses de la *Belle-Époque*».⁴

Su papel en la conducción de Europa en la Segunda Guerra Mundial fue fundamental, sirviéndose de los dotes personales tan bien observados por el Dr. Plinio. Por cierto, ese episodio bélico y la participación política de Churchill fueron seguidos y analizados paso a paso por él, en las páginas del periódico *Legionário*. Posteriormente, en un artículo publicado en la *Folha de São Paulo*, el Dr. Plinio una vez más teje elogios a ese gran hombre: «Las más diversas formas de inteligencia, de perspicacia política y de coraje en él se fueron haciendo evidentes y refulgentes. Y cada vez más, a medida que lo exigían las contingencias de la lucha. Cuando la guerra terminó, Churchill fue el más famoso de los vencedores».⁵

Comenta aún el Dr. Plinio: «Sir Winston Churchill alcanzó en su país la cúspide de las grandezas humanas y la alcanzó merecidamente, según el consenso general, por su talento excepcional, por la amplitud impar de su personalidad, por el valor de los servicios de toda índole que viene prestando a su patria a lo largo de una brillante carrera política. Dotado, además, de todo el refinamiento de una educación primorosa y tradicional —Churchill es nieto del duque de Marlborough—, de una cultura vigorosa y extensa, el gran estadista también se des-

taca como hombre de salón de los más primorosos de nuestros días, y como escritor y orador brillante».⁶

Se hicieron memorables sus discursos en el Parlamento, cuyo objetivo, ampliamente logrado, era levantar la moral del pueblo en medio del terrible período de la guerra. Recordemos, por ejemplo, el del 13 de mayo de 1940, cuando habló por primera vez como líder de la nación en guerra: «Le diré a la Cámara lo mismo que le he dicho a los que se han sumado a este Gobierno: “No puedo ofrecer otra cosa más que sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas”. Tenemos ante nosotros una prueba de la clase más dolorosa. Tenemos ante nosotros muchos, muchos meses de lucha y sufrimiento. Me preguntan, ¿cuál es nuestra política? Respondo que es librar la guerra por tierra, mar y aire. La guerra con toda nuestra voluntad y toda la fuerza que Dios nos pueda dar; y librar la guerra contra una monstruosa tiranía sin igual en el oscuro y lamentable catálogo del crimen humano. Ésta es nuestra política. Me preguntan, ¿cuál es nuestro objetivo? Puedo contestar con una palabra: es la victoria. La victoria a toda costa, la victoria a pesar de todos los terrores, la victoria, por largo y duro que pueda ser el camino, porque sin victoria no hay supervivencia».⁷

Igualmente resultaron llamativas algunas de sus frases frecuentemente recordadas, como esta sobre los acuerdos y compromisos firmados entre Chamberlain y Hitler antes de 1939: «Entre la deshonra y la guerra, elige la deshonra y tendrás la guerra». O también: «La desventaja del capitalismo es la desigual distribución de las riquezas; la ventaja del socialismo es la igual distribución de las miserias». A él le debemos la expresión *Telón de acero*, que se hizo célebre para referirse a la división de la Europa Occidental del este europeo, durante la Guerra Fría.

Estas y otras innumerables alocuciones pueden entenderse a la luz de lo que el Dr. Plinio explica: «Era tan

grande de espíritu que podría ser comparado a una mesa puesta para todo el mundo a cualquier hora. Servía banquetes espirituales, banquetes intelectuales, siendo su mesa, en principio, abierta a todos. Podría asimismo rechazar a algunos. Y cuando dijera “no”, era un “no” que casi excluiría a la persona del universo».⁸

Compañía que lo realizaba

Churchill se casó con Clementine Hozier, en septiembre de 1908; de este matrimonio de cincuenta y siete años nacieron cinco hijos. Así describe el Dr. Plinio a esa dama: «Grande de rostro y de porte, con un aspecto noblemente aquilino en la mirada y en el perfil, *lady* Churchill reunía, no obstante, todas las gracias genuinamente femeninas. Su educación aristocrática le había comunicado un encanto evidente. Su imponencia coexistía elegantemente con una afabilidad atractiva. A pesar de vistosa, era sumamente discreta. Y sabía cómo ser inteligente sin disputar en nada a su brillante esposo las miradas del público. En el equilibrio de tantas cualidades casi opuestas, todo era *dégagé* y nada era *recherché*».⁹

Con mucho estilo, el Dr. Plinio usa una peculiar analogía para resaltar el papel de ella en la vida de su esposo: «En los cuadros que representan a ciertos grandes hombres del pasado, los pintores se complacían en realzar al personaje colocando cerca de él, en segundo plano, alguna columna con un hermoso jarrón de flores. O alguna noble cortina. Así era *lady* Clementine Churchill: el fondo del cuadro magnífico que realizaba a un esposo tan notable, cuando parecía que no había nada que lo pudiera realzar».¹⁰

La famosa «Great Tom» anuncia su fallecimiento

Finalmente, como todos los hijos de Adán, por muy famosos y exitosos que hayan sido, falleció Winston Churchill a la edad de 90 años. Esta noti-

En los valles de la mediocridad de su tiempo, Winston Churchill fue un hombre lleno de atributos dignos de encomio

Churchill durante una revista militar; al fondo, escena de su cortejo fúnebre, extraída del documental «A Giant in the Century»

cia fue ampliamente cubierta por los periódicos de la época. Entre lo innumerables homenajes de respeto y añoranzas, la *Folha de São Paulo* destacaba: «La gran campana de la catedral de San Pablo, la *Great Tom*, que únicamente suena para anunciar la muerte de un miembro de la familia real, del alcalde o del obispo de Londres, o, incluso, del decano de la catedral, empezó a doblar pausadamente a las diez de la mañana, para comunicar a los ingleses el fallecimiento del “Viejo león”».¹¹

Al ser entrevistadas, algunas personas que se congregaron delante de la residencia del gran estadista declararon a la prensa: «Presumo que esto es el fin de una era»; «Este es el fin de la Gran Bretaña que conocimos en los libros de Historia. Qué lástima, era un gran hombre». Por otra parte, una señora haciendo la señal de la cruz exclama: «Quiera Dios apiadarse de su alma; hombres como Churchill sólo aparecen de siglo en siglo».¹²

Varón lleno de atributos, contemplado desde el mirador divino

Aquí, pues, tenemos a un hombre admirable visto por alguien que, en

una consideración superficial de los hechos, *a priori* no debería tomar semejante actitud. Al fin y al cabo, además de que Churchill no era católico, su vida presenta —¡y cuánto!— varios aspectos censurables. El Dr. Plinio, sin embargo, no era un observador cualquiera...

Adornado por la Providencia con el don de la sabiduría en grado eminente, que le permitía analizar desde el mirador divino las más diversas realidades, y el carisma del discernimiento de los espíritus, que le capacitaba penetrar sobrenaturalmente en lo que le rodeaba, especialmente en el interior de las almas, el Dr. Plinio veía en el estadista inglés mucho más que su acción exterior: contemplaba su misión específica en el período histórico que le tocó vivir. Y, en los valles de la mediocridad de los tiempos contemporáneos, tan carentes de verdaderas personalidades, no se puede negar cuánto sobresalió Churchill como un hombre lleno de atributos dignos de encomio.

Considerando el alma profundamente religiosa y compasiva del Dr. Plinio, podemos dar por seguro

que elevó muchas plegarias a Dios por el hombre que conducía el rumbo de los acontecimientos mundiales en aquel momento histórico y que, en alguna medida, lo hizo satisfactoriamente.

En atención a tal o cual fidelidad del «viejo león» al papel que la Providencia entonces le había destinado, ¿cuáles deben haber sido las gracias que recibió en la proximidad de su encuentro definitivo con Dios? No lo podemos saber, pero no se nos prohíbe desear que, cuando lleguemos al Cielo, por la misericordia divina, allí encontremos al Winston Churchill ideal, santo, y, como todo bienaventurado, lleno de gratitud por aquellos que lo ayudaron a alcanzar la felicidad eterna. ✧

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «A baronesa e a passionária». In: *Folha de São Paulo*. São Paulo. Año LVI. N.º 17.792 (19 dic, 1977); p. 3.

² Cf. CHURCHILL, Winston. *Minha mocidade*. 2.ª ed. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 2011, pp. 69-70.

³ Ídem, p. 85.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, «A baronesa e a passionária», op. cit, p. 3.

⁵ Ídem, ibídem.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, «Dignidade e distinção para grandes e pequenos». In: *Catolicismo*. Campos dos Goytacazes. Año III. N.º 33 (sept, 1953); p. 7.

⁷ CHURCHILL, Winston. *Discurso*, 13/5/1940. In: www.arqnet.pt.

⁸ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 9/8/1974.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, «A baronesa e a passionária», op. cit., p. 3.

¹⁰ Ídem, ibídem.

¹¹ PESAR EM TODO O MUNDO: Morre Winston Churchill. In: *Folha de São Paulo*. São Paulo. Año XLIV. N.º 13.007 (25 ene, 1965); p. 2.

¹² Ídem, ibídem.

Pródigo desvelo materno

Doña Lucilia siempre ha ayudado, con maternal solicitud, a numerosas personas que con confianza piden su protección.



Elizabete Fátima Talarico Astorino

«**J**amás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos». Estas palabras de la oración del Acordaos también se pueden aplicar a una gran devota de la Santísima Virgen como lo fue Dña. Lucilia, siempre dispuesta a acoger maternalmente a quienes van a cobijarse bajo su chal. Innumerables son los favores obtenidos gracias a su intercesión, en virtud de los cuales viene siendo cada vez más conocida.

Superando sucesivos obstáculos

La solicitud de esta entrañable señora se manifestó recientemente en la familia de Nathalie Rojas Maceo,

residente en Santo Domingo (República Dominicana). Tras sufrir varias complicaciones durante el nacimiento de su segundo hijo, Nathalie tuvo que enfrentarse una vez más a diversas dificultades en la gestación

La sucesión de complicaciones durante la gestación y el nacimiento de Ana Lucilia no dejaron otra salida que recurrir al auxilio sobrenatural

de Ana Lucilia, la tercera hija del matrimonio.

Nos cuenta que en los primeros cinco meses de embarazo «el líquido amniótico no aumentaba, sino que se reducía». En consecuencia, los médicos le recomendaron reposo absoluto y le recetaron numerosos medicamentos de uso diario. Además, tendría que ir a la consulta semanalmente. Si el tratamiento no surtiera el efecto deseado, habría que practicar el parto por cesárea y la probabilidad de que el bebé sobreviviera era casi nula.

Como la familia ya había experimentado la valiosa intercesión de Dña. Lucilia en el caso de su segundo hijo, Nathalie no dudó en recurrir nuevamente a esta buena madre,



Fotos: Reproducción

A la izquierda, Ana Lucilia en el auge de las complicaciones médicas; a la derecha, poco antes de recibir el alta hospitalaria

con la plena confianza de que acudiría en su auxilio en una situación tan deprimente. Y eso es lo que ocurrió: diez días después el embarazo se estabilizó.

No obstante, en el octavo mes de gestación, empezó a tener contracciones con una frecuencia peligrosamente anormal, lo que la obligó a dirigirse al centro de Urgencias. Después de analizar su caso, la médica que la atendió le comunicó que era preciso hacerle la cesárea. Le explicó que la niña nacería prematuramente, con los pulmones no desarrollados completamente, y por eso mismo necesitaría quedarse unos días en la unidad de cuidados intensivos.

«Señor, que se haga tu santa voluntad»

Nada más nacer, Ana Lucilia sufrió un paro cardíaco, lo que le llevó al médico a realizarle la reanimación cardiopulmonar sin demora. Como ya predijeron, sus pulmones estaban muy debilitados e hizo falta intubarla inmediatamente. La madre contaba que aquel día, incluso sin entender por qué Dios permitía tanto sufrimiento para la familia, tanto ella como su esposo se sentían fortalecidos y confiados en el poder de la oración.

Al día siguiente, el pediatra les comunicó a los padres que la niña había desarrollado hipertensión pulmonar y era preciso aumentar la dosis de oxígeno. Mientras les explicaba la delicada situación de la niña, se fijó que la madre llevaba un rosario en las manos; entonces sacó de su bolsillo un rosario y les dijo: «Estamos en lo mismo, rezando por ella». En ese momento, Nathalie sintió que el Señor le mandaba a las personas más indicadas para cuidar de la pequeña Ana. Se acordó una vez más de la enorme eficacia de la oración, sin olvidarse de pedir la intercesión de Dña. Lucilia.

En el tercer día, se produjo un empeoramiento del cuadro de hiperten-



Nathalie Rojas Maceo en casa, con su hija

Todos pudieron comprobar que la supervivencia de la niña fue un gran milagro, gracias a la actuación de Dña. Lucilia

sión y le descubrieron una peligrosa bacteria en su organismo. Fue necesario aumentarle la cantidad de oxígeno, lo que provocó la perforación de uno de sus pulmones. Además, le informaron que tendría que recibir una transfusión de sangre.

Ante esta situación, los padres decidieron tomar la más importante y urgente providencia: pedirle a un sacerdote que bautizara a la niña. Así, incluso en medio de tantas angustias, Ana Lucilia tuvo la gracia de convertirse en hija de Dios.

Sin embargo, el matrimonio tenía la impresión de que estaban ante un drama interminable, porque al cuarto día de hospitalización su hijita tuvo otra crisis que exigió nuevo proceso de reanimación, en esta ocasión mediante una bomba manual, pues los pulmones no soportaban los ventiladores. Encima, se le perforó el otro pulmón. Y como no podía alimentarse de leche materna, empezó a recibir nutrición especial intravenosa.

Aun manifestando admiración por la notable resistencia de la niña, el médico se sintió en la obligación de decirle a los padres que clínicamente ya no había nada más que hacer; solamente cabía rezar y esperar un milagro. Les autorizó que la visitaran varias veces al día, dándoles a entender que la criaturita podría morir en cualquier momento. En esta trágica situación, adoptaron la postura de verdaderos cristianos: «Señor, que se haga tu santa voluntad». Comenzaron entonces a rezar con más insistencia rogando la intervención divina.

Y no tardaron en ser atendidos, como nos lo relata Nathalie: «Al quinto día, el pediatra nos llama por la mañana temprano para informarnos de que la coloración de la bebé había mejorado y tenía menor necesidad de oxígeno. ¡Qué alegría tan grande para nosotros! Era la primera buena noticia desde su nacimiento».

A partir de ahí, cada jornada registraba una nueva mejoría en su cuadro clínico, hasta que, en el décimo día, la niña ya respiraba normalmente. La ginecóloga, asombrada al constatar el feliz desenlace del caso, pues pensaba que no iba a sobrevivir, le dijo: «Ha sido todo un milagro». Idéntico comentario hizo otro médico más tarde cuando la vio amamantando a su hija: «Ha sido todo un milagro». Y también era la opinión de las enfermeras, quienes, tras recibir el alta Ana Lucilia, en la despedida decían: «Se nos va un milagrito».

«Esto definitivamente fue un milagro, un milagro de Dña. Lucilia», concluye jubilosa Nathalie, finalizando su relato.

Victoria sobre graves peligros

A veces, Dña. Lucilia pone a prueba la confianza: parece que no atiende del todo las súplicas que se le hacen, para estimular la esperanza en que su bondadosa asistencia al final llegará. Esto lo podemos ver en el relato que nos envía la Hna. Juliane Vasconcelos Almeida Campos, de los Heraldos del Evangelio.

A principios de mayo de 2012, su madre, Zuleida Vasconcelos Almeida Campos, residente en Belo Horizonte (Brasil), por entonces con 80 años, estuvo a punto de sufrir un derrame cerebral, ya que la carótida derecha estaba 98% obstruida. Necesitaba someterse a una intervención quirúrgica, de sí bastante delicada, sobre todo teniendo en cuenta su avanzada edad. Toda la familia confió el caso a Dña. Lucilia y comenzaron los exámenes preoperatorios.

Mientras tanto, un dolor abdominal agudo la llevó al hospital, donde se constató la presencia de gran cantidad de cálculos en la vesícula biliar, lo cual requeriría una extracción urgente. Los médicos se vieron en un callejón sin salida: si operaban la vesícula, la paciente podría no resistir, dada la presión que se haría sobre la carótida tan obstruida; si operaban la carótida, los cálculos biliares podrían cerrar el conducto, complicándose mucho la situación, pues ya había una infección a causa de la mencionada obstrucción.

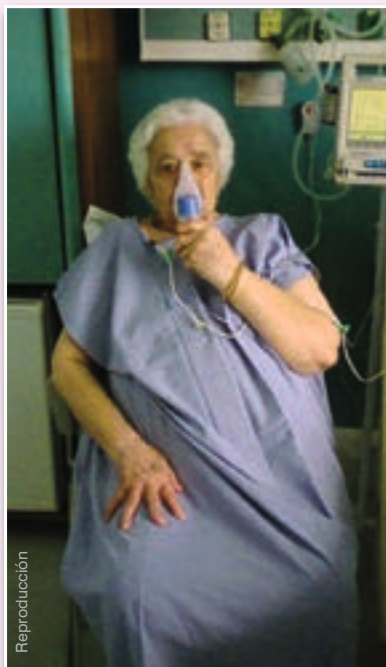
La familia se dispuso a acatar la decisión de los cirujanos en cuanto a la salud corporal de la enferma, mientras se ocupaba en cuidar de su alma, en la certeza de que Dña. Lucilia los ayudaría a encontrar un clérigo que le administrara los sacramentos, principalmente la Unción de los enfermos, tarea no muy fácil en aquella región.

Al final, un sacerdote de la congregación del Verbo Divino se prestó a ello. Los médicos optaron por operar primero la carótida y la operación fue muy exitosa.

Una sorpresa en el ascensor

Para llevar a cabo el segundo procedimiento debían pasar unas semanas y en el entretanto la recuperación de Zuleida fue admirablemente rápida, por lo que la colecistectomía quedó fijada para mediados de junio. En principio, sería una cirugía cerrada, y el médico tranquilizó a la paciente y

Durante la grave situación, con hemorragia interna y choque hipovolémico, Zuleida tuvo que ser trasladada de urgencia a la UTI



Zuleida recién salida de la UTI

a la familia, diciéndoles que se trataba de una operación sencilla y, si todo iba bien, en 48 horas recibiría el alta y podría volver a casa.

Realizada la intervención, el médico salió del quirófano y comentó que hubo una leve complicación, debido al excesivo número de cálculos, y que fue necesario hacer una colecistectomía abierta. Pero añadió que la paciente se encontraba bien y estaba bajo observación.

Cuál no fue la sorpresa de los familiares, que aguardaban en la sala de espera situada junto al vestíbulo de los ascensores, cuando percibieron un movimiento inusual, en dirección al quirófano, de médicos y enfermeros que entraban y salían de manera agitada. Poco después, el cirujano informó que Zuleida había tenido una hemorragia interna en la zona hepática, lo que requirió que fuera otra vez intubada para un nuevo abordaje quirúrgico y la extracción de los coágulos. A pesar de haber detenido el flujo de sangre, como había perdido bastante, tuvo que recibir una transfusión de tres bolsas. Como resultado, se produjo un *shock* hipovolémico, la presión bajó casi a cero y, en lenguaje médico, hubo que «resucitarla»: con una dosis muy alta de noradrenalina, los médicos lograron restablecer su presión arterial, que aún estaba muy inestable y con tendencia a caer. El cirujano la derivó a la UTI, donde intentarían mantenerla con vida mediante máquinas, pero no dio esperanzas de que aguantara mucho tiempo más.

La Hna. Juliane cuenta que, al ver pasar a su madre en la camilla y entrar en la UTI, su mayor aflicción era saber que podría fallecer sin recibir los sacramentos. ¿Habría dejado Dña. Lucilia de atender enteramente esta vez? Con el alma angustiada, se sentó en un sillón del vestíbulo, frente a los ascensores, y le pidió: «Madrecita, sé que es casi imposible, pero, por favor, consíguenos un sacerdote.



Fotos: Reproducción

A la izquierda, Zuleida con su esposo el día de las bodas de diamante; a la derecha, con su esposo e hijos

No la dejes morir sin los últimos sacramentos».

En ese preciso momento se abrió la puerta de uno de los ascensores, en cuyo interior se encontraba un sacerdote, perfectamente identificable por su atuendo clerical. Las miradas de ambos se cruzaron y, al ver el hábito de los Heraldos del Evangelio que llevaba ella, el sacerdote sonrió y asintió con un saludo afable. Levantándose de un salto, corrió hasta el ascensor, antes de que se cerrara la puerta, porque el sacerdote no hizo ademán de salir, y le dijo: «¡Padre, por favor, atiende a mi madre! ¡Se está muriendo!».

Magnanimidad en la asistencia

En pocas palabras le explicó el caso y el sacerdote, el P. Nivaldo Magela de Almeida Rodrigues, dijo que estaba llevándole los santos óleos a una enferma internada una planta más abajo. Fue impresionante constatar la respuesta tan inmediata de Dña. Lucilia. Más aún al oírle decir que había entrado en el ascensor para bajar y no entendía por qué había subido... Era una intervención demasiado patente de Dña. Lucilia, confirmada por el sacerdote, que añadió: «Creo que he subido porque tenía que atender a su madre».

De hecho, salvados los obstáculos para entrar en la UTI, el sacerdote, emocionado, le administró los sa-

*Restablecida,
pudo celebrar sus
bodas de diamante
con toda la familia
y manifestar su
profunda gratitud
a Dña. Lucilia*

cramentos con el ceremonial completo, siguiendo todas las rúbricas y también le concedió la indulgencia plenaria y la bendición apostólica papal, según el rito, pues Zuleida estaba moribunda.

La situación continuó siendo dramática durante algunos días. No obstante, la magnanimidad de la asistencia de Dña. Lucilia es completa. Después de once días en la UTI, durante los cuales cumplió 81 años, la paciente fue recuperándose poco a poco. Según los comentarios del equipo que la atendía, ella era un milagro vivo, porque, además de todo lo pasado, venció una infección hospitalaria, una neumonía, una colitis pseudomembranosa y una farmacodermia, como reacción a fuertes antibióticos. Al cabo de veintiséis días, recibió el alta, siendo necesarios varios tratamientos pos-

teriores para vencer las secuelas hospitalarias. Dña. Lucilia, no obstante, quería concederle la plena recuperación de su salud, pero dejándole únicamente una hernia, para que recordara todo lo sucedido y su intervención.

En 2017, totalmente restablecida, pudo celebrar sus bodas de diamante —sesenta años de matrimonio— y hoy, transcurrida una década de estos hechos, con 91 años, es el principal apoyo de su esposo, también nonagenario, quien sufrió un síncope cardíaco y un consecuente accidente cerebrovascular en 2018.

Así concluye la Hna. Juliane su relato: «En toda nuestra familia la devoción a Dña. Lucilia no ha hecho más que aumentar a lo largo de los años, y la narración presentada aquí no es sino una manifestación de profunda gratitud a esta tan extremosa madre».

* * *

Los alentadores relatos aquí transcritos muestran cómo Dña. Lucilia, reflejo de la bondad del Corazón de Jesús, ha ayudado a incontables almas que piden su asistencia en momentos de aflicción. Sirvannos de estímulo para que, también nosotros, recurramos a su auxilio siempre que lo necesitemos, seguros de que esta buena señora nos atenderá, sea cual sea nuestra necesidad. ✧



Caieiras (Brasil)

Homenaje a la Virgen de Fátima

Por primera vez después del inicio de las restricciones impuestas por la pandemia, el 13 de mayo fue celebrado presencialmente por los fieles, en ceremonias realizadas en varias ciudades brasileñas, de distintos estados, como Caieiras, Campo Grande, Campos dos Goytacazes, Cariacica, Joinville, Maringá, Nova Friburgo, Piraquara, Ponta Grossa o San José dos Pinhais.

En España, hubo una misa solemne en la catedral de Nuestra Señora de la Almudena, de Madrid, presidida por el cardenal Carlos Osoro Sierra, arzobispo metropolitano. Otra celebración eucarística fue realizada en la localidad de Paiporta, Valencia.

El nuncio apostólico en Guatemala, Mons. Francisco Montecillo Padilla, presidió la santa misa en la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, de la capital. En Nicaragua, las conmemoraciones tuvieron lugar en San Pedro de Lovago y en Juigalpa, en cuya catedral celebró Mons. Marcial Humberto Guzmán Saballo, obispo diocesano.

En Colombia, concurridas ceremonias se llevaron a cabo en la catedral primada del país, en Bogotá, así

como en las ciudades de Medellín, Tocancipá y Yopal, donde más de 3500 fieles participaron en la consagración de las familias al Inmaculado Corazón de María realizada por el obispo diocesano, Mons. Edgar Aristizábal Quintero.

En Paraguay, las conmemoraciones tuvieron lugar en la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo, de Ypacaraí, presididas por Mons. Ricardo Jorge Valenzuela Ríos, obispo de Caacupé.

Por otra parte, en Mozambique, los Heraldos participaron en la peregrinación al santuario de Namaacha, animándola con sus músicas y llevando a la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima. El acto contó con la presencia de Mons. Francis Chimoio, OFM Cap, arzobispo de Maputo, y congregó a unas 8000 personas.

También se realizaron ceremonias en honor de la Virgen de Fátima en Montevideo, Lima, Santo Domingo y Ciudad de México; en Montreal, Canadá; en Johannesburgo, Sudáfrica; en Quito, Cuenca, Guayaquil y Azogues, Ecuador. ✧



Nicaragua

Dorelis Moncada



República Dominicana

Allan Guzmán / María A. Marte



Mozambique

Santiago Caralis

Arthur Benedetti



Ávaro Parra

Ivano Gavilanes



Eric Salas



Federico Monzón

Rodrigo Aguilar



Jesse Ayce

Ronny Fisher



Roberto Salas



Gabriel Welter



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Valores católicos perennes atraen a jóvenes a la Iglesia

Un informe publicado por la diócesis de Vannes, Francia, preparatorio para el Sínodo de los Obispos, indica que cada vez más los jóvenes se acercan a la Santa Iglesia en busca de claridad doctrinal, de una liturgia celebrada con trascendencia y de visibilidad de los clérigos.

Esta generación, según el documento, tiene aspiraciones contrarias a las de las más antiguas, las cuales suelen mantener «una postura crítica frente a la Iglesia, sus ritos, la sacralidad, el sacerdocio o la vestimenta del clero».



Reanudación de la Peregrinación Militar Internacional a Lourdes

Del 13 al 15 de mayo, miles de militares pudieron regresar a Lourdes para participar en la Peregrinación Militar Internacional, interrumpida hace dos años debido a la pandemia. Instituida después de la Segunda Guerra Mundial, el evento se convirtió en una de las mayores celebraciones de soldados católicos, que este año reunió a más de 10 300 peregrinos de 42 naciones, desde combatientes veteranos hasta nóveles miembros

en activo, muchos de ellos acompañados por sus familias.

La comitiva americana preparó 3000 kits de oración —formados por un rosario, una imagen de Nuestra Señora de Lourdes, otra del beato Michael McGivney, fundador de los Caballeros de Colón, y un frasco de agua de Lourdes— para ser enviados a Ucrania y distribuidos entre los soldados, tanto heridos como activos.

América Latina se une al «Rosario de hombres»

«Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20), prometió el divino Maestro. Inspirados en estas palabras, miles de varones continúan difundiendo el «Rosario de hombres»: después de propagarse por Europa, el movimiento viene ganando nuevos adeptos también en América Latina.

Muy presente ya en Brasil, el 28 de mayo Argentina, Colombia, Costa Rica, Paraguay, Puerto Rico y Perú se unieron al ejército de oraciones, promoviendo el rezo del Rosario en lugares públicos. Solamente en Buenos Aires, más de 2500 hombres comparecieron en la plaza de Mayo, delante de la catedral, para rezarlo.

El cardenal Zen es apresado en Hong Kong

En la mañana del 11 de mayo, el cardenal Joseph Zen Ze-kiun, SDB, de 90 años, fue detenido por la policía china, acusado de administrar un fondo destinado a colaborar con los gastos de defensa jurídica de manifestantes presos por participar de protestas a favor de la libertad en Hong Kong. El cardenal es obispo emérito de la diócesis local, la cual pastoreó del 2002 al 2009, nunca ocultando su repudio al comunismo. Tras la presión internacional y el pago de la fianza, el purpurado fue excarcelado en torno a las 23 h del mismo día, pero tendrá que responder a un proceso administrativo.

Unos días después, la Policía de la Provincia de Hebei prendió a siete sacerdotes y diez seminaristas de la diócesis de Xianxian y, al día siguiente, a Mons. Zhang Weizhu, su obispo. Esa circunscripción eclesiástica no está reconocida por el Partido Comunista Chino que, por ese motivo, considera ilegales y criminales todas sus actividades religiosas.



Descendiente indirecta de Santa Juana de Arco participa en la fiesta en su honor

La tradicional fiesta en honor de Santa Juana de Arco celebrada en Orleans, Francia, contó este año con la participación de Clotilde Forgeot d'Arc, descendiente de Pierre d'Arc, hermano de la virgen guerrera. Revestida de armadura, con un estandarte en la mano y en lo alto de un caballo, la joven de tan sólo 15 años desfiló por las calles de la ciudad representando a su santa antepasada.

Hace siglos que la conmemoración se viene realizando en Orleans y, desde 1945, una joven de la ciudad es elegida para ese papel. Las candidatas deben cumplir tres requisitos: ser católica practicante, vivir en Orleans por lo menos desde diez años y estar matriculada en uno de sus colegios.

Elegido nuevo abad de Solesmes

Con 43 años, Dom Geoffrey Kemplin ha sido elegido para el cargo de abad del monasterio benedictino de Saint-Pierre de Solesmes, Francia, sucediendo así a Dom Philippe Dupont, que presentó su renuncia después de veinte años como superior.

orleans-metro.pole.fr

ordinariato.castrense.pt

Realizada una ceremonia de desagravio en la casa de los Heraldos del Evangelio en España

En la madrugada del 16 de mayo, la casa de los Heraldos del Evangelio localizada en el municipio madrileño de Sevilla la Nueva, España, fue escenario de actos de vandalismo anticatólico. Se pudo escuchar al inicio de la noche a un grupo de personas pronunciando en las inmediaciones palabras de odio contra Dios y la Virgen, además de maldiciones contra los Heraldos. Sólo al día siguiente se descubrió que alguien había entrado en la propiedad y destruido una estatua de Nuestra Señora de las Gracias que se encontraba en el jardín, así como un crucifijo que estaba siendo restaurado en el taller. Partes de ambas imágenes fueron esparcidas a lo largo del terreno.

Según los miembros de la comunidad, no parece descabellado encontrar la causa de ese odio religioso en las noticias bastante calumniosas di-

fundidas por numerosos medios de comunicación en las semanas anteriores, que pretendían denigrar a la asociación y alejar a sus seguidores en esa nación ibérica.

A fin de reparar tal sacrilegio, los miembros de los Heraldos del Evangelio y sus simpatizantes llevaron a cabo una solemne ceremonia de desagravio, durante la cual pudieron demostrar su amor a Jesús y a María, así como su repudio a la profanación cometida. El acto empezó con la santa misa, seguida de la exposición del Santísimo Sacramento, que fue lle-



Adoración al Santísimo Sacramento junto a los restos de las imágenes vandalizadas - Casa de los Heraldos del Evangelio en Sevilla La Nueva (España)

vado en procesión hasta el lugar donde se encontraba la estatua de la Virgen que fue destrozada. Allí, los restos de las imágenes vandalizadas fueron colocados en un altar, para la veneración de todos.

El nuevo prior asumirá también la presidencia de la congregación benedictina de Solesmes, a la cual están vinculados más de treinta monasterios localizados en Francia, España, Inglaterra, Canadá y Estados Unidos, entre otros países, sumando más de seiscientos monjes bajo su tutela.

El cuerpo incorrupto de San Isidro es expuesto en Madrid

Con ocasión del año jubilar en conmemoración de los 400 años de la canonización de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, sus reliquias fueron expuestas a la veneración de los fieles

en la iglesia colegiata a él dedicada en la capital española.

La urna que contiene el cuerpo incorrupto del santo, fallecido hace 850 años, fue abierta el 21 de mayo y, sólo en tres días, más de 30 000 devotos pasaron por delante de ella, desde ancianos hasta niños.



GAUDIUM PRESS
VERSIÓN EN ESPAÑOL

Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

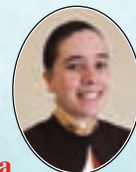
Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano



Considerando, desde las aguas, la sabiduría divina

Animado, Gerin declaró: «Lo que me gusta de verdad es conocer el pasado de nuestra familia». A lo que la solícita abuela le contestó desafiante: «Uy, si es eso, tendría muchas cosas que contarte...».

Jessica de Jesús Exposto Santana



En aguas tranquilas vivía una familia de ballenas, cuya especie se caracterizaba por ser ella peculiarmente longeva: alcanzaban la mayoría de edad a los 1000 años y su existencia se podía prolongar ¡cerca de tres milenios!

El océano se encuentra todavía en plena oscuridad. Poquito a poco, los rayos del sol van penetrando e iluminando las profundidades. La abuela ballena, doña Grandina —que tiene casi 2800 años, ¡calcula!—, duerme serenamente hasta que enérgicos movimientos la despiertan. ¿Es un tsunami? ¿Un submarino de guerra aproximándose? ¡Nada de eso! Se trata de su nietecito, Gerin, que va nadando con el vigor de un niño de 7 años, haciendo piruetas y desplazándose velozmente, sin darse cuenta de que acaba de sacar a su abuela de un sueño placentero...

Acercándose emocionado, el pequeño le pide que le cuente una historia.

—A ver, mi tesoro, ¿qué prefieres? Cuentos, fábulas, aventuras, batallas, vidas de santos...

—Abuelita, me gustaría conocer cosas del pasado de nuestra familia.

—Uy, si es eso, ¡entonces tendría mucho que contarte! ¿Sabes lo que le pasó, por ejemplo, a tu bisabuelo Olinab?

—No. ¿En qué época vivió?

—En un tiempo en que la humanidad disgustó a Dios con sus pecados y fue castigada con lluvias torrenciales ¡que duraron cuarenta días y cuarenta noches! El justo Noé, por orden del Señor, construyó un arca gigantesca para salvar a sus parientes y a una pareja de cada animal.

—¿Y el bisabuelo entró en el arca?

—No, pequeño mío. Toda la superficie terrestre quedó sumergida; ningún

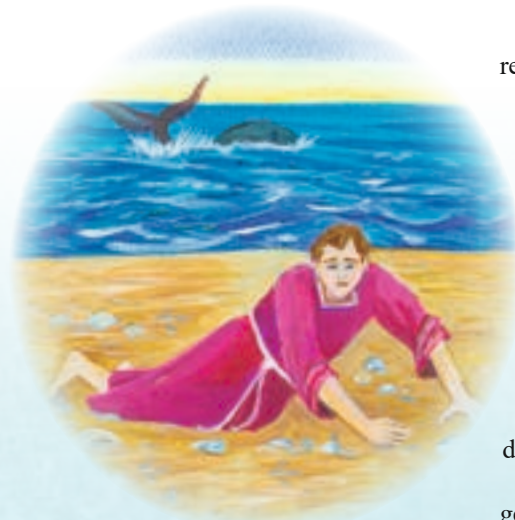
pez necesitaba cobijarse en el arca. Lo que hizo fue acompañar a aquel varón fiel. Después del Diluvio el orbe entero aún permaneció cubierto por el agua durante ciento cincuenta días, hasta que ésta fue bajando de manera gradual. Luego vio acercarse una paloma que llevaba una ramita de olivo, símbolo del final del castigo. Y también pudo contemplar el primer arcoíris que apareció en el cielo: era el signo de la alianza de Dios con los seres vivos.

—¡Vaya! ¡Qué honra para el bisabuelo! ¿Y qué más, abuelita?

—Mi padre también vivió un episodio grandioso. Un profeta, cuyo nombre era Jonás, no obedeció al Altísimo, que lo había enviado como mensajero para convertir a los habitantes de Nínive. Como era algo «testarudo», eludió su deber y se subió a un barco con destino a Tarsis.

—¡Qué absurdo! ¿Y no se cumplió la voluntad de Dios?

Por mandato de Dios, el justo Noé construyó un arca para salvar a los suyos del Diluvio



**«El Señor habló al pez,
que vomitó a Jonás en tierra firme»**

—¡Ay, nietecito!, cuando el Todopoderoso determina algo, ¡no hay quien se lo impida! Una violenta tormenta azotó la embarcación; y la tripulación se habría ido al fondo del mar si no se hubieran dado cuenta de que el culpable de tal desgracia era Jonás... Entonces, para librarse de la muerte, lo arrojaron sin piedad al agua e inmediatamente se hizo la bonanza.

Al no poder predecir la conclusión del suceso, Gerin preguntó:

—¿Murió? ¿Y los ninivitas permanecieron obstinados en el pecado?

—¡Lo mejor viene ahora! «El Señor envió un gran pez para que se tragase a Jonás, y allí estuvo Jonás, en el vientre del pez, durante tres días con sus noches» (Jon 2, 1), conforme lo narra la Sagrada Escritura. ¡El que se lo tragó fue mi padre! Y continúa el relato diciendo: «El Señor habló al pez, que vomitó a Jonás en tierra firme» (Jon 2, 11). Sólo entonces fue cuando el profeta se dirigió hacia la ciudad. Su misión fue un éxito y cosechó frutos de penitencia y conversión.

—¡Me enorgullece tener como antepasado a alguien que ha sido instrumento divino para la salvación de los hombres! ¿Y qué más? ¡Cuéntame algo sobre ti!

Doña Grandina levantó los ojos, recordando antiguos hechos.

—Varias veces, cuando era joven, veía a distancia los viajes de cierto israelita. Era de baja estatura, mirada muy vivaz y temperamento fogoso. Me gustaba seguirlo; en ocasiones, me fue posible escuchar sus palabras. ¿Sabrías averiguar de quién se trata?

Gerin se quedó pensando un momento, pero no atinaba con la respuesta. Así que ella misma le dijo el nombre de ese personaje:

—San Pablo, el apóstol de las gentes.

—¿Cómo?! ¿Lo conociste? ¡Ese santo cuyas predicaciones hasta los ángeles escuchaban!

—Así es, nietecito. Todos los días le agradezco al Cielo esa gracia que me fue concedida. Varias veces incluso naufragó por estas aguas, pero el Señor siempre lo preservó.

Y prosiguió:

—Ahora te voy a narrar una impresionante hazaña que vi junto con mis pequeños. En el siglo XVI, ¡presenciamos la batalla que tuvo lugar en el golfo de Lepanto, en Grecia!

Con los ojos como platos, exclamó la ballenita:

—¿Un combate naval? ¡Cuéntame, cuéntame!

—Los enemigos eran desproporcionadamente más numerosos que los cristianos. Más tarde supe que, mientras se estaba produciendo el enfrentamiento, el Papa San Pío V elevaba confiadas oraciones al Cielo. En el momento decisivo y cuando las esperanzas humanas estaban a punto de rendirse ante lo imposible, María Auxiliadora apareció en el horizonte y, a la vista de todos, desbarató a la escuadra adversaria. ¡Fue una victoria brillante!

—Abuelita, nunca había oído hablar de esa batalla.

—Pero claro, cariño mío, sólo tienes 7 años... Todavía hay mucho por conocer.

—¡Pues a mí me gustaría ayudar a los combatientes que luchan por Cristo! ¿Y qué más recuerdas? ¿Hay más historias bélicas?

Doña Grandina acercó a su nieto bajo la aleta y le dio un afectuoso abrazo diciéndole:

—Querido mío, lo importante de estas narraciones es la lección que podemos aprender de ellas. Piensa cuál es.

—Uhm... No sabría contestarte...

—Mira, esta es la enseñanza que también has de transmitir tú en adelante: por muchos zigzags que pueda haber en la Historia, aunque existan infidelidades y flaquezas por parte de las criaturas, Dios guía el rumbo de los acontecimientos para su gloria y el triunfo de la Santa Iglesia Católica. Nuestra especie ha sido privilegiada al poder acompañar los cuidados del Señor a través de los siglos y lo alabamos en su grandeza. ¿Está claro, mi bien?

—Clarísimo, abuelita. Llevaré siempre conmigo esa preciosa lección y la legaré a mi descendencia. Deseo igualmente bendecir al Altísimo, reconociendo su bondad y sabiduría infinitas. ✧



**Gerin prometió conservar la
lección aprendida: Dios siempre
guía el rumbo de los
acontecimientos para su gloria**

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San Teodorico, presbítero (†533). Discípulo de San Remigio, que lo ordenó sacerdote. Primer abad del monasterio de Mont d'Or, en las proximidades de Reims, Francia.

2. Beata Eugenia Joubert, virgen (†1904). Religiosa de la Congregación de la Sagrada Familia del Sagrado Corazón, enseñó el catecismo a los pequeños y murió tuberculosa en Lieja, Bélgica.

3. XIV Domingo del Tiempo Ordinario

Santo Tomás, apóstol.

Beata María Ana Mogas Fontcuberta, virgen (†1886). Fundó en Fuencarral, España, la Congregación de las Hermanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor.

4. Santa Isabel, reina (†1336 Estremoz - Portugal).

San Ulrico, obispo (†973). Obispo de Augsburgo, en Baviera, Alemania, que falleció nonagenario tras ejercer su ministerio episcopal durante cincuenta años.

5. San Antonio María Zaccaria, presbítero (†1539 Cremona - Italia).

Santa Marta, viuda (†551). Madre de San Simeón Estilita, a quien educó en la fe.

6. Santa María Goretti, virgen y mártir (†1902 Nettuno - Italia).

San Paladio, obispo (†432). Enviado a Irlanda por el Papa Celestino I para predicar a los gentiles y combatir la herejía de Pelagio.

7. Beato Benedicto XI, Papa (†1304). Fraile de la Orden de Predicadores, promovió durante su corto pontificado la concordia, la renovación de la discipli-

na y el incremento de la práctica religiosa.

8. Santos esposos Áquila y Priscila. Acogían a San Pablo en su casa y arriesgaron sus vidas por defenderlo.

9. Santos Agustín Zhao Rong, presbítero, y **compañeros**, mártires (†s. XVII-XX China).

San Joaquín He Kaizhi, mártir (†1839). Catequista estrangulado en Kouy-Yang, ciudad de la provincia de Guizhou, en China, a causa de la fe.

10. XV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Pascario, obispo (†s. VII). Obispo de Nantes, Francia. Envío a San Hermelando, junto con doce monjes del convento de Fontenelle, para fundar un monasterio en la isla de Antros.



Reproducción

Santa Olga
Museo de Santa Sofía, Kiev

11. San Benito, abad (†547 Monte Cassino - Italia).

Santa Olga, laica (†969). Abuela del Gran príncipe de Kiev San Vladimiro, cuya conversión abrió las puertas de Rusia al cristianismo.

12. San Vivencio, obispo (†c. 523). Animó a clérigos y laicos de la diócesis de Lyon, Francia, a estar presentes en el Concilio de Epaona, para que conocieran mejor las decisiones pontificias.

13. San Enrique, emperador (†1024 Grone - Alemania).

Santa Clelia Barbieri, virgen (†1870). Fundó la Congregación de las Hermanas Mínimas de la Virgen de los Dolores, para la catequización de las niñas pobres.

14. San Camilo de Lelis, presbítero (†1614 Roma).

Beata Angelina de Marsciano, religiosa (†1435). Al enviudar, se entregó durante cincuenta años exclusivamente al servicio de Dios y del prójimo. Inició la Orden de las Terciarias Franciscanas de clausura.

15. San Buenaventura, obispo y doctor de la Iglesia (†1274 Lyon - Francia).

San Pedro Nguyễn Bá Tuân, presbítero y mártir (†1838). Encarcelado en tiempo del emperador Minh Mang, murió de hambre en la prisión de Nam Dinh, Vietnam.

16. Nuestra Señora del Carmen.

Santa Teresa Zhang Hezhi, mártir (†1900). Ejecutada durante la persecución de los bóxers, en China, junto con sus dos hijos, por negarse a adorar a las divinidades locales.

17. XVI Domingo del Tiempo Ordinario.

Santa Eduvigis, reina (†1399). Nacida en Hungría, se convirtió en reina de Polonia por herencia y gran duquesa de Lituania por su matrimonio con Ladislao II. Junto con su marido, implantó la fe católica en este país báltico.

18. Santa Teodosia, religiosa y mártir (†s. VIII). Sufrió el martirio en Constantinopla, por oponerse a la destrucción de una antigua imagen de Cristo que el emperador León III el Isaurio había ordenado arrojar desde su palacio.

19. Beato Pedro Crisci, penitente (†c. 1323). Después de distribuir sus bienes entre los pobres, se puso al servicio de la catedral de Foligno, Italia, pasando a vivir en la torre de las campanas.

20. San Apolinar, obispo y mártir (†s. II Ravena - Italia).

San Elías Tesbita, profeta
Santa Marina o Margarita, virgen y mártir (†s. inc.). Asestinada tras sufrir horribles torturas, por orden del gobernador de Antioquía.

21. San Lorenzo de Brindis, presbítero y doctor de la Iglesia (†1619 Lisboa).

San Simeón «Salos», ermitaño (†s. IV). Cuando peregrinaba a Tierra Santa, se sintió llamado a abandonar el mundo y se retiró a la soledad eremítica.

22. Santa María Magdalena.

Beata María Inés Teresa del Santísimo Sacramento, virgen (†1981). Fundó en Cuernavaca, México, la Congregación de las Misioneras Clarisas del Santísimo Sacramento.

23. Santa Brígida, religiosa (†1373 Roma).

San Juan Casiano, presbítero (†c. 435). Tras haber sido monje en Palestina y eremita en Egipto, fundó en Marsella, Francia, dos abadías: una para varones y otra para mujeres.

24. XVII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Charbel Makhluf, presbítero (†1898 Annaya - Líbano).

San Fantino el Viejo (†s. IV). Llamado el «Taumaturgo», obró numerosos prodigios en Tauriana, Italia.

25. Santiago el Mayor, apóstol.

Santa Glodesindis, abadesa (†s. VI). Fundó el monasterio de San Pedro en Metz, Francia, del que fue priora.

26. San Joaquín y Santa Ana, padres de la Virgen María.

San Tito Brandsma, presbítero y mártir (†1942). Carmelita holandés, preso en el campo de concentración de Dachau, Alemania, por su enérgica lucha a favor de la libertad de la Iglesia y de las escuelas católicas.

27. San Simeón Estilita, monje (†459). Durante muchos años vivió en duras mortificaciones y continua oración sobre una columna en las proximidades de Antioquía, actual Turquía.

28. Santa Alfonsa de la Inmaculada Concepción, virgen (†1946). Para evitar un matrimonio impuesto, quemó su propio pie y, admitida en las Clarisas Malabarenses, vivió casi continuamente enferma, ofreciendo a Dios su vida. Murió en Bharanangan, ciudad del estado de Kerala, India.

29. Santa Marta.



Reproducción

Beato Benedicto XI, por Tommaso da Modena - Iglesia de San Nicolás, Treviso (Italia)

San Olav, mártir (†1030). Rey de Noruega, propagó la fe cristiana y combatió la idolatría en su reino. Murió atravesado por la espada de sus enemigos.

30. San Pedro Crisólogo, obispo y doctor de la Iglesia (†c. 450 Imola - Italia).

Santa María de Jesús Sacramentado, virgen (†1959). Fundó, en México, la Congregación de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús.

31. XVIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Ignacio de Loyola, presbítero (†1556 Roma).

San Justino de Jacobis, obispo (†1860). Religioso lazarista enviado como misionero a Etiopía, donde padeció hambre, sed, tribulaciones y prisión.

Dios borda derecho con hilos retorcidos

Otrora liso, el tejido se engalana de bellos dibujos, cuidadosamente trabajados. Viendo el revés, no obstante, nos encontramos con un intricado vaivén de hilos...



Heloisa Santana Dias

Muchas actividades humanas han ido acompañando el desarrollo de la civilización en distintos ámbitos, como, por ejemplo, en el campo de las artes. Por supuesto que experimentaron mutaciones y mejoras, pero su esencia sigue siendo la misma. Entre esas habilidades artísticas milenarias se encuentra el bordado.

El origen de esta artesanía textil —que, como bien sabemos, es una labor de adorno con hilos, frecuentemente de diferentes colores, formando dibujos— se pierde en las brumas de la Historia. No obstante, tanto los griegos y los romanos como los propios hebreos ya la conocían antes del santo advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Cabe señalar que este arte no nació de una mera necesidad utilitaria; de por sí, carece de valor práctico... Su finalidad tan sólo es estética: existe para deleitar las facultades superiores del hombre, al complacer los sentidos.

Sin embargo, bajo las apariencias de una simple serie de hilos, organizados debidamente, que decora el tejido sobre el cual está construida, se esconde una profunda lección para nuestra vida espiritual.

Imaginémonos, con ese objetivo, una escena corriente. Mientras está jugando en el suelo de su casa, un niño observa a su madre que, con mano hábil y ánimo sereno, ejerce el oficio de bordadora. Al principio, el pequeño no acaba de entender qué es lo que está cosiendo..., pues ve la pieza únicamente por la parte de abajo y se extraña de la incoherente maraña de hilos, que apenas le dan una idea del dibujo formado. «¿Será que eso sirve para tapar un desgarró en la tela? O, quizá, ¿para disimular una mancha?», son interrogantes comprensibles.

Sin dejar aparcada su curiosidad para otro momento, el niño, finalmente, le pregunta a su madre qué hace. Pero la respuesta de la buena señora no es más que una rápida mirada y una ligera sonrisa entre tanto continúa manejando la aguja.

Al cabo de un rato, por fin puede desvelar el misterio que tanto le preocupaba. Se levanta, se acerca y contempla, ya desde arriba, la maravillosa obra maestra que tenía ante sus ojos: el tejido, en otro tiempo liso, está revestido de hermosas figuras cuidadosamente trabajadas, aunque permaneciera en el revés el intricado vaivén de líneas coloridas sin una lógica aparente.

¿Se trata del resultado de una técnica artística? Indudablemente, sí. Pero ¿qué pretende enseñarnos con ella la didáctica divina?

Usted, lector, yo que escribo, a fin de cuentas..., toda la humanidad, nos encontramos en la situación en la que se halla el pobre niño: desde aquí abajo somos incapaces de conocer los diseños que Dios «borda» en lo más alto de los Cielos. Traza una serie de planes que a nuestros ojos parecen tortuosos y deformes. A menudo, por desgracia, nos viene la tentación de rebelarnos a causa de los dramas —o de las tramas— de nuestro día a día. No obstante, el Señor, que lo ve todo «desde arriba», sabe muy bien qué «hilos» deben cruzar por nuestro camino para componer de la manera más bella el dibujo de nuestra existencia.

A cada cual le puede resultar extremadamente duro aceptar esa verdad. «Cuánto mejor sería que lográramos delinear nuestro propio destino...». Muchas veces no percibimos que, si fuera así, la obra final jamás sería la más perfecta, ya que tendría por autor al hombre y no al Altísimo.

«Dios escribe derecho con renglones torcidos», dice, con cuánta verdad, el conocido adagio. Y nosotros bien podríamos parafrasearlo, aplicándolo al noble arte del bordado: «Dios borda de-



A la derecha: escenas de la vida de San Martín - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York; a la izquierda, las mismas obras vistas por detrás; al fondo, detalle de bordado en dosel confeccionado para la coronación de la reina Cristina de Suecia - Livrustkammaren, Estocolmo

recho con hilos retorcidos». Pero ¿esto será real? O, más bien, ¿somos nosotros los que vemos confusamente el trazado divino? Quien tiene fe afirma con altivez: «Dios borda derecho con hilos perfectos» que nosotros, desde aquí abajo, vemos retorcidos; sin embargo, es-

tos forman la magnífica trama de cada hombre, llamado a cumplir los designios del Padre sobre su persona, a fin de componer la más bella pieza.

Si creemos en la infinita sabiduría de Dios y en su amor para con nosotros, ninguna «tortuosidad» debe

asustarnos a lo largo de nuestra existencia. Al contrario, habiendo sido permitido o planeado por la Providencia, cada maraña aparentemente incomprensible constituirá un verdadero atajo para llegar más rápido al Reino celestial. ✧



La pequeñita que gobierna el Corazón de Dios

A semejanza de lo que narran los Evangelios acerca de Jesús, con el transcurso de los meses la niña María crecía y se fortalecía, llena de gracia y sabiduría, bajo la mirada de Dios y de los hombres.

Su bondad, su delicadeza, su extrema dedicación para con los demás y, sobre todo, su espíritu de esclavitud brillaban ante su santa madre, que se admiraba de las maravillas obradas por el Señor en esa divina niña. En unión con los ángeles que, extasiados, no dejaban de contemplarla ni un instante siquiera, Santa Ana pensaba: «¿Quién es esta?». ¡Ah, es aquella que sólo el Todopoderoso podría imaginar! ¡Es la pequeñita que gobierna el inmenso Corazón de Dios!

*Mons. João Scognamiglio
Clá Dias, EP.*